

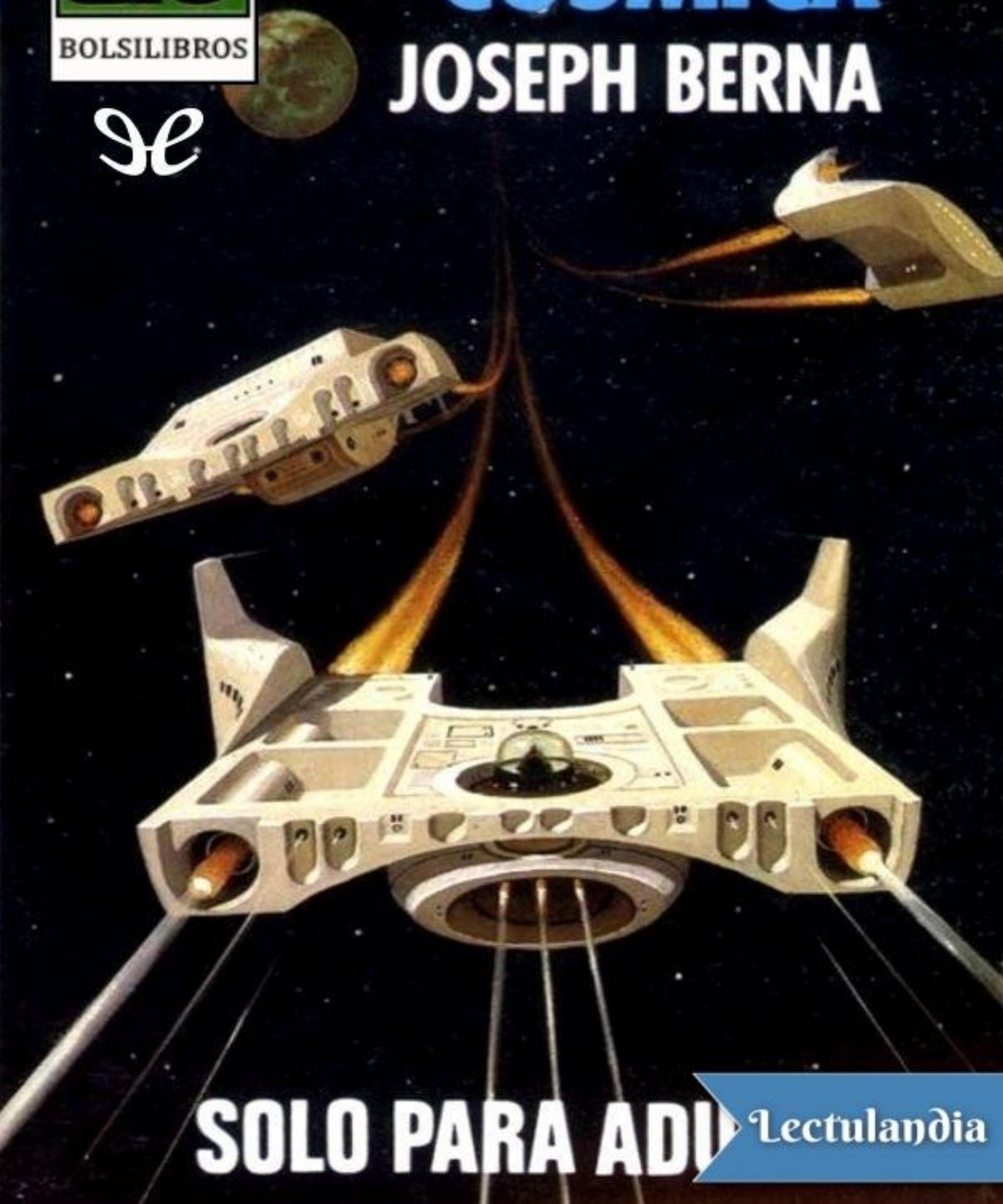
héroes del
ESPÍO

BOLSILIBROS

de

ENERGIA COSMICA

JOSEPH BERNA



SOLO PARA ADULTOS

Lectulandia

En el planeta Urano el Centro Espacial William Herschel, dedicado a la investigación científica, funcionaba desde el año 2045 sin incidentes reseñables. Tan solo los propios, y anecdóticos, de la convivencia entre el personal del asentamiento.

Nada hacía presagiar que pronto se produciría el contacto con una inteligencia procedente de un lugar muy alejado del universo y con una manera de entender la existencia muy alejada de los esquemas terrestres.

Lectulandia

Joseph Berna

Energía cósmica

Bolsilibros: Héroes del Espacio - 15

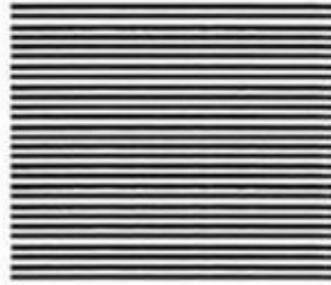
ePub r1.0

Titivillus 24.02.2019

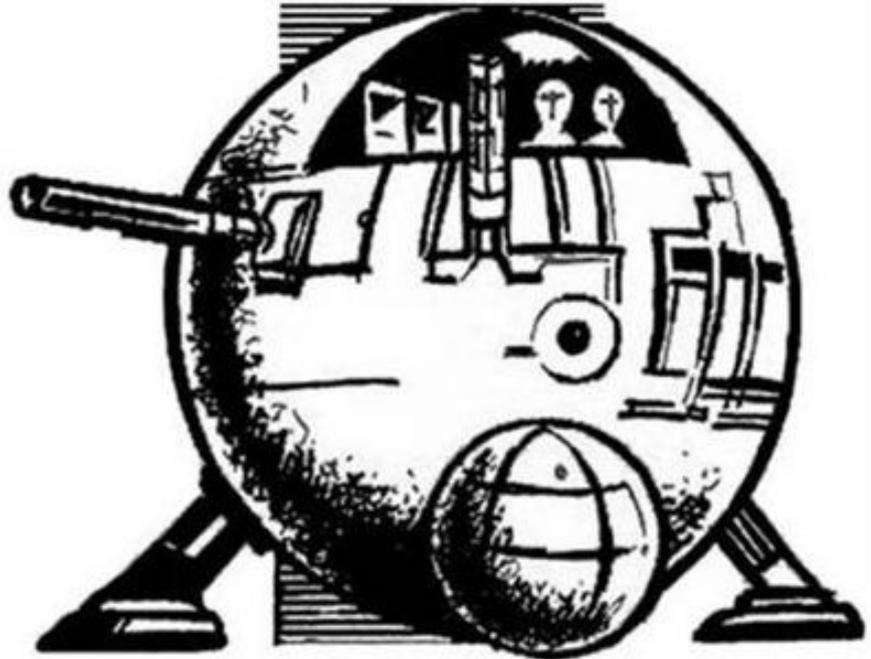
Título original: *Energía cósmica*
Joseph Berna, 1980
Cubierta: Norma

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com



héroes del
ESPACIO



se

CAPÍTULO PRIMERO

En el año 1781, William Herschel, constructor de telescopios y astrónomo aficionado, realizó un estudio sistemático de las estrellas y encontró una que parecía mucho más grande que las otras.

En principio, William Herschel creyó que era un cometa, pero el cálculo de su trayectoria indicó con claridad que no se trataba de un cometa, sino de un planeta situado mucho más allá de la órbita de Saturno.

El descubrimiento de dicho planeta, que Bode denominó Urano, llenó de sorpresa al mundo científico, por lo que William Herschel recibió grandes honores y fue nombrado astrónomo de la Corte.

Durante centenares de años fueron cinco los planetas conocidos, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, y nadie había pensado seriamente en la posibilidad de que existiera ningún otro planeta más allá de la órbita de Saturno.

De ahí el impacto del descubrimiento de William Herschel.

Más tarde, como ya es sabido, se descubriría también Neptuno y Plutón, completando el conjunto de nueve planetas, incluido el nuestro, la Tierra, que forman el Sistema Solar.

En el siglo XXI, y con el fin de estudiar el Universo más allá del Sistema Solar, fueron construidos sendos centros de investigación espacial en Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón.

Al de Urano se le había puesto el nombre del descubridor del planeta: Centro Espacial William Herschel.

El Centro Espacial William Herschel funcionaba desde el año 2045, y al mando del mismo se hallaba el capitán Eric Zinn, un hombre joven, solo treinta y tres años de edad.

El capitán Zinn llevaba casi dos años y medio al frente del centro espacial de Urano y en ese tiempo se había ganado la confianza y las simpatías de todos, científicos y personal auxiliar, por sus extraordinarios conocimientos espaciales y la sencillez de su carácter.

Eric Zinn, que había realizado varios viajes de exploración espacial antes de ser designado jefe del Centro Espacial William Herschel por las autoridades terrestres, era un hombre alegre y cordial y se preocupaba por todos, desde el científico más importante al simple ayudante del cocinero.

Como, además, el capitán Zinn era un tipo de elevada estatura, muy atlético, pelo negro, abundante y rizado, y rostro varonil y atractivo, muchas de las mujeres del centro espacial suspiraban por él y soñaban con conquistarle y recibir una proposición de matrimonio.

Porque Eric Zinn era soltero, claro.

Y, para desesperación de las mujeres del centro espacial que deseaban «cazarle», parecía que Eric Zinn se sentía muy a gusto así, soltero y sin compromiso.

Livia Jenner, la joven que cuidaba del invernadero, era una de las que suspiraban por el apuesto capitán Zinn, aunque ella lo hacía secretamente, sin confiar a nadie sus emociones, sus sentimientos.

Livia Jenner contaba veinticuatro años de edad y era una muchacha sumamente atractiva. Cabello rubio, muy largo, sedoso y brillante, ojos grandes, de pupilas intensamente azules, pómulos suavemente marcados, labios bien trazados, carnosos y siempre húmedos, invitando al beso largo y apasionado...

Y si su preciosa boca invitaba al beso, su maravilloso cuerpo, esbelto, perfectamente formado, invitaba a otras cosas mucho más íntimas.

El traje de Livia Jenner, azul celeste, de una sola pieza, ligero y ajustado, realzaba la firmeza de sus curvas, marcándolas casi con descaro, por lo que contemplar su turbadora figura, aunque fuera con el traje puesto, era un verdadero deleite para la vista.

Eso se decía Miljan Pasic, de veintisiete años de edad, alto, delgado, pero fuerte, pelirrojo, de cara simpática, ingeniero de profesión, pero ligón de vocación.

Un buen número de las mujeres de Centro Espacial William Herschel se habían acostado con él una o más veces, pero entre ellas no figuraba Livia Jenner.

Y no porque Miljan no se lo hubiera propuesto.

Pero la hermosa Livia siempre decía que no.

Miljan, un tipo muy tenaz, volvía a la carga siempre que tenía ocasión.

Y ahora la tenía.

Acababa de entrar en el invernadero.

Silencioso como un gato.

Ocultándose tras las plantas más altas.

Quería llegar hasta Livia sin que la muchacha le descubriera.

Y lo consiguió.

Livia se hallaba atareada con una planta de hojas alargadas y rojizas, preciosa de verdad, y no vio acercarse a Miljan.

Él le cubrió los ojos con las manos.

—¿Quién soy...? —preguntó, disfrazando el tono de su voz.

La joven, que había respingado, se tranquilizó y respondió:

—El de siempre.

—¿Cómo el de siempre?

—El pesado de Miljan.

El pelirrojo rio.

—Te equivocas, no soy Miljan.

—Claro que eres Miljan.

—Te repito que no —siguió negando el ingeniero, sin retirar sus manos de los ojos de la muchacha, pues eso le servía de excusa para continuar pegado a ella,

percibiendo la dureza de su erguido y redondeado trasero.

Livia, adivinando que esto último era lo que pretendía el zorro de Miljan, atrapó las tijeras de podar, que tenía muy a mano, y preguntó:

—¿Quieres que te pode, Miljan?

El pelirrojo dio un respingo y se separó de ella inmediatamente.

—No soy una planta, Livia —carraspeó.

La joven se volvió hacia él sin soltar las tijeras.

—Ya sé que no eres una planta, sino un sinvergüenza.

—¿Por qué me llamas sinvergüenza?

—Porque siempre que puedes te aprovechas de mí.

—Solo te he puesto las manos en los ojos.

—Y otra cosa entre las nalgas.

Miljan Pasic se llevó la mano a la boca y emitió una tosecita nerviosa.

—No sé a qué te refieres, Livia.

—A lo que tienes de hombre.

El pelirrojo tosió de nuevo.

—Livia, te aseguro que yo no...

Livia Jenner, aunque distaba mucho de hallarse realmente enfadada, miró severamente al ingeniero y preguntó:

—¿Qué es lo que quieres, Miljan?

—Nada.

—¿A qué has venido, pues?

—Bueno, tenía unos minutos libres y me dije: «Voy a ver a Livia».

—A ver si puedo tocarle algo a Livia, querrás decir.

El pelirrojo se vio obligado a toser nuevamente.

—No seas injusta conmigo, Livia —rogó.

—Te conozco bien, Miljan. Hace tiempo que intentas llevarme a la cama y como solo recibes negativas por mi parte, quieres pasar al ataque directo.

—¿Ataque directo...?

—Bueno, en esta ocasión me has atacado por la «retaguardia».

Miljan emitió otra tos.

—Fue un roce involuntario, Livia.

—No fue un roce, fue una presión larga y acentuada. ¿Por qué crees que empuñé las tijeras de podar?

Miljan, instintivamente, se colocó las manos entre los muslos.

—¿Hubieras sido capaz de...?

—Porque te retiraste inmediatamente, que si no... —respondió la joven, con un brillo irónico en sus pupilas.

Miljan supo captarlo y entonces comprendió que Livia no estaba enfadada, que solo bromeaba con él, y sonrió.

—Te pido disculpas, Livia.

—Eso está mejor —sonrió también ella, bajando las tijeras de podar.

—¿Cuándo me harás caso?

—¿A qué te refieres?

—Sabes que estoy loco por ti.

—Tú estás loco por todas.

—Ninguna me gusta tanto como tú.

—Porque todavía no me has conseguido. Sí accediera a hacer el amor contigo, dejaría de gustarte de una manera especial.

—Eso no es verdad.

—Claro que es verdad, y tú lo sabes.

—Dame la oportunidad de sacarte de tu error.

—En la cama, ¿no?

—Es donde más cómodo se está.

—Tienes más cara que una ballena azul.

—No sabes cómo te deseo, Livia.

—Eso es lo único que sientes por mí, deseo. Lo mismo que por las demás.

—Por las demás no lo niego. Pero contigo es distinto, Livia. Estoy enamorado de ti.

—Eso se lo dirás a todas.

Miljan tomó las manos de Livia y las oprimió con ternura.

—¿Cómo podría demostrarte que contigo soy terriblemente sincero?

—Me temo que de ninguna manera.

—¿Me dejas que te dé un beso?

—No.

—Por favor, Livia.

—He dicho que no. Y suéltame las manos, que me las estás triturando.

—Los labios quisiera triturarte con los míos.

—Pues eres tú poco bestia.

—El deseo que siento por ti es salvaje.

—¿A que me muerdes?

—Me muero de ganas.

—Pues frénate, o me veré obligada a usar las tijeras de podar.

—Úsalas, no me importa.

—¿Que no te importa que te deje sin...?

—¿De qué me sirve, si a ti no te interesa?

—Te sirve con las otras.

—Ninguna me interesa. Solo tú, Livia —insistió el pelirrojo, abrazando ya a la joven.

Ella forcejeó.

—¡Suéltame, Miljan!

—Tengo que besarte.

—¡Que lo de usar las tijeras va en serio!

—Lo sé —sonrió el ingeniero, buscando la jugosa boca femenina.

Livia hizo uso de las tijeras, pero no le pudo nada a Miljan.

Se limitó a propinarle un golpe en la rodilla.

El pelirrojo aulló de dolor y la soltó en el acto, para poder agarrarse la rodilla golpeada.

Livia lo empujó por los hombros y lo tiró al suelo.

Luego, riendo divertidamente, la joven corrió hacia la puerta y abandonó el invernadero, segura de que, cuando regresase, Miljan ya se habría marchado y ella podría seguir trabajando tranquila.

Miljan, todavía sentado en el suelo, rezongó una imprecación.

—Demonio de chica... —masculló después, sin dejar de masajearse la rodilla golpeada.

De pronto algo resplandeció en la alta y amplia ventana, una especie de mirador de sólido cristal capaz de resistir cualquier golpe o presión, por terrible que fuera.

Miljan levantó la cabeza y miró hacia allí.

La extraña luz, amarillenta, muy intensa, cegó al joven ingeniero, obligándole a cerrar los ojos y protegérselos con las manos.

Por esa razón, Miljan Pasic no pudo ver cómo la misteriosa y cegadora luz atravesaba el mirador y penetraba en el invernadero.

Súbitamente, el cuerpo del pelirrojo sufrió una violenta sacudida y empezó a temblar como si estuviera recibiendo una poderosa descarga de energía.

Un alarido ensordecedor brotó de la garganta del joven.

Misteriosamente, su cuerpo fue absorbiendo la luz amarillenta, almacenándola en su interior.

Cuando toda la luz estuvo dentro de él, Miljan Pasic dejó de temblar y se desmayó, quedando tendido en el suelo del invernadero.

CAPÍTULO II

Eric Zinn contemplaba la superficie de Urano a través del espacioso mirador de su despacho.

Una superficie congelada, debido a que Urano está sumamente alejado del Sol. A una distancia media de 2869 millones de kilómetros nada menos.

La temperatura es tan baja^[1] que casi todo el amoníaco de su atmósfera está congelado, predominando el metano^[2].

Urano tiene una familia de cinco satélites, dos de los cuales. Titania y Oberón, fueron descubiertos por el propio William Herschel. Los otros tres son Ariel, Umbriel y Miranda.

El capitán Zinn, que vestía un traje rojo oscuro, calzaba altas botas doradas y llevaba una pistola de rayos láser al cinto, ancho y plateado, no se cansaba de contemplar la gigantesca capa de hielo sobre la cual había sido construido el Centro Espacial William Herschel.

Según estudios realizados por los propios científicos del centro, el núcleo sólido de Urano tenía solo unos 22 000 kilómetros de diámetro; los otros 10 000 kilómetros correspondían a la capa de hielo.

En aquellos momentos, en Urano era de noche, pero las potentes luces del centro espacial iluminaban suficientemente la zona.

Unas luces que también funcionaban de día, pues no hay que olvidar que Urano, como Neptuno y Plutón, se halla en la denominada «zona de penumbra» del Sistema Solar, y el Sol aparece mucho más pequeño y débil allí.

Como por otra parte el período de rotación axial de Urano es de solo 10 horas y 48 minutos, en el Centro Espacial William Herschel se regían por el horario terrestre, y para ellos era de día cuando también lo era en la Tierra, y lo mismo sucedía con la noche.

Con arreglo al horario terrestre, en el centro espacial eran en aquellos momentos las siete de la tarde menos algunos minutos.

Eric Zinn lo comprobó al consultar su reloj.

Ella le hizo abandonar el mirador y también su despacho, cuya puerta abrió accionando el mando de control remoto que llevaba en su cinto.

El capitán Zinn se dirigió a la enfermería en busca del doctor Kolev, con quien solía cenar bastante a menudo, porque así, mientras los dos se alimentaban, Petar Kolev le informaba del estado físico del personal del centro, sometido a periódicas y profundas revisiones médicas.

Para llegar a la enfermería, Eric Zinn tenía que pasar forzosamente por delante del invernadero.

Se hallaba todavía a unos veinte pasos de él cuando vio salir corriendo a Livia Jenner con las tijeras de podar en una mano y su mando de control remoto en la otra.

La joven accionó rápidamente el ingenio electrónico y la puerta del invernadero se cerró.

Sin esperar a que se cerrara totalmente, Livia Jenner reanudó su carrera en la misma dirección que venía Eric Zinn.

Casi se dio de bruces con él.

—¡Capitán Zinn! —exclamó nerviosamente.

Eric Zinn la había cogido por los hombros para frenarla y evitar el choque.

—¿Ha visto algún fantasma, Livia...? —le preguntó, sonriéndole.

—¡Oh, no!

—Salió disparada del invernadero.

Livia Jenner, que se había puesto colorada como un tomate, forzó una sonrisa y reconoció:

—Sí, es cierto, capitán. Salí con muchas prisas.

—¿Por qué motivo?

—Bueno, la verdad es que no tenía ninguno.

—¿Seguro?

—Que me gusta el ejercicio, eso es todo. El doctor Kolev dice que pegarse una carrerita de vez en cuando es muy saludable para el cuerpo.

—¿Y tiene que pegársela con las tijeras de podar en una mano...?

—¿Cómo? —parpadeó Livia.

Eric le cogió la mano y se la levantó para que la joven viera las tijeras.

—¡Huy, qué tonta! —rio nerviosamente ella—. Pues no me olvidé de dejarlas en el invernadero...

Eric le soltó la mano y le sonrió con suavidad.

—¿Por qué no me dice la verdad, Livia?

—¿La verdad?

—Usted huía de algo. O de alguien...

La muchacha movió la cabeza.

—No, capitán Zinn. Yo le aseguro que...

—¿A quién está encubriendo?

—A nadie, capitán —mintió Livia, echando una nerviosa mirada a la puerta del invernadero.

—Sigue dentro, ¿eh?

—¿Quién?

—La persona de quien usted ama, Livia, y que no quiere delatar.

La joven enrojeció más.

—Capitán...

—Tendré que entrar en el invernadero.

—¡No, espere! —suplicó Livia, cogiendo del brazo a Eric Zinn.

—¿Quién es?

La joven no tuvo más remedio que confesar:

—Miljan Pasic.

—¿Por qué huía de él?

—Por nada, una tontería.

—Livia...

La muchacha se mordió los labios.

—Miljan quería besarme.

—¿Solo eso, besarla?

—Sí, capitán.

—Hablaré con él.

—Por favor, capitán Zinn, no le llame usted la atención. Miljan es un buen chico, le aseguro que yo le aprecio mucho.

Eric Zinn sonrió.

—No voy a llamarle la atención, solo a sacarlo del invernadero para que usted pueda seguir con su trabajo, Livia.

—Oh, gracias, capitán. Temí que fuera usted a regañarle.

—No le regañaré, se lo prometo. En realidad, encuentro muy lógico que Miljan Pasic tuviera deseos de besarla, Livia.

—¿Por qué, capitán?

—Porque es usted una de las chicas más bonitas del centro espacial.

Livia Jenner se sintió profundamente halagada y no supo disimularlo.

—Es usted muy amable, capitán Zinn.

—Usted sabe que es verdad.

—Me considero una chica corriente, capitán.

—Pues no lo es, se lo aseguro.

—Le agradezco mucho sus palabras, capitán Zinn.

—Vamos, Livia —indicó Eric, tomándola suavemente del brazo.

Caminaron hacia el invernadero.

A Livia Jenner le extrañó que Miljan Pasic no hubiera salido todavía del invernadero y pensó que el joven ingeniero estaba esperando que ella regresase para volver nuevamente a la carga.

Eric Zinn utilizó su mando de control remoto y la puerta se abrió suave y silenciosamente, como todas las del centro espacial.

Entraron en el invernadero.

—No veo a Miljan... —dijo Eric.

—Debe estar oculto allí, detrás de aquellas plantas —indicó Livia.

Se dirigieron los dos hacia aquella parte del invernadero.

De pronto, Livia Jenner dio un grito de sorpresa.

Acababa de descubrir a Miljan Pasic, tendido en el suelo, inmóvil, con los ojos cerrados y la cara muy blanca.

CAPÍTULO III

Eric Zinn se acercó rápidamente a Miljan Pasic, se arrodilló junto a él y le tocó el cuello.

—Tranquilícese, Livia. Solo está inconsciente —informó, mirando a la paralizada muchacha.

Livia Jenner estaba casi tan pálida como el propio ingeniero.

Continuó quieta como una estatua, mirando al desvanecido Miljan Pasic con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasó realmente, Livia? —interrogó Eric Zinn.

—Miljan me abrazó, para besarme. Yo le di un golpe en la rodilla con las tijeras de podar y luego le empujé, tirándole al suelo. Debió darse algún golpe en la cabeza, al caer, y..., ¡Dios mío, yo tengo la culpa de todo! —sollozó la joven, cubriéndose el rostro con las manos.

El capitán Zinn tomó en brazos al inanimado Miljan Pasic, sin apenas esfuerzo, gracias a su potencia muscular.

—Voy a llevarlo a la enfermería para que le reconozca el doctor Kolev —dijo a la muchacha.

Livia Jenner retiró las manos de su rostro, bañado en lágrimas y preguntó:

—¿Puedo acompañarle, capitán Zinn?

—Desde luego —asintió Eric.

Salieron rápidamente del invernadero.

Un par de minutos después entraban en la enfermería.

Petar Kolev, de cuarenta y dos años de edad, estatura media, más bien delgado, cabello gris y ojos pequeños, de mirada muy viva, se hallaba sentado al otro lado de su mesa, realizando unas anotaciones.

Tania Deriugina, la enfermera que ayudaba al doctor Kolev, una joven de solo veintiún años de edad, alta y bien formada, de rostro agraciado y cabellos dorados como el oro, se entretenía arreglando un estante repleto de medicamentos.

El doctor Kolev brincó literalmente de su sillón al ver entrar en la enfermería al capitán Zinn, llevando en brazos a Miljan Pasic, y acompañado de Livia Jenner, que seguía con los ojos llorosos.

La atractiva Tania también se alarmó.

Petar Kolev exclamó:

—¿Qué ha sucedido, capitán Zinn...?

—Miljan se cayó y perdió el sentido —informó Eric.

—Tiéndalo sobre la mesa de reconocimientos, rápido.

El capitán Zinn hizo lo que le indicaba el médico.

El doctor Kolev examinó la cabeza de Miljan Pasic.

—No encuentro señal alguna de golpe... ¿Contra qué se dio? —preguntó, mirando a Eric Zinn.

Este, a su vez, miró a Livia Jenner.

La joven, débilmente, dijo:

—No lo sé, capitán Zinn. Contra el suelo, supongo...

—¿Cómo se cayó, Livia? —interrogó el doctor Kolev.

—Yo..., yo le empujé...

El doctor Kolev fue lo bastante discreto como para no preguntar por qué Livia había empujado a Miljan. Conocía la fama de ligón que tenía el ingeniero y casi adivinaba lo sucedido.

Para tranquilizar a la desconsolada muchacha, Petar Kolev sonrió suavemente y dijo:

—No te preocupes, Livia. Miljan no tiene nada serio. Dentro de un rato se habrá recuperado y tendrá nuevamente ganas de piropear a las mujeres del centro espacial.

—Dios le oiga, doctor.

—Será mejor que vuelvas a tu trabajo.

—Sí.

El doctor Kolev, con el gesto, pidió al capitán Zinn que acompañara a la muchacha.

Eric se apresuró a tomarla por el codo.

—La acompaño, Livia.

—No es necesario que se moleste, capitán Zinn.

—No es molestia, se lo aseguro —sonrió Eric—. Vamos.

El capitán Zinn sacó a Livia Jenner de la enfermería y caminaron los dos hacia el invernadero.

—No esté triste, Livia. Ya oyó lo que dijo el doctor Kolev. Miljan estará bien dentro de un rato.

—No debí golpearle en la rodilla. Y, menos aún, empujarle.

—Miljan intentaba besarla...

—Debí dejar que lo hiciera. Un beso no tiene ninguna importancia.

—Si usted no deseaba que él la besara, hizo bien en ofrecer resistencia. La culpa es de Miljan por querer robarle un beso.

La joven esbozó una sonrisa.

—Gracias por su comprensión, Capitán Zinn. Sus palabras hacen que me sienta menos culpable. De todos modos, si algo le pasara a Miljan, yo...

Eric le puso los dedos sobre la boca y le impidió seguir hablando.

—Nada le pasará, Livia.

La muchacha, instintivamente, besó las yemas de los dedos masculinos.

Eric Zinn, dándose cuenta de ello, retiró lentamente su mano de la boca femenina.

—Livia...

—¿Qué?

—¿Por qué ha hecho eso?

—¿El qué?

—Me ha besado los dedos.

—No me he dado cuenta —se ruborizó perceptiblemente la muchacha, que bajó la cabeza.

Se encontraban ya frente a la puerta del invernadero. Eric Zinn tomó con suavidad la barbilla de la joven y la obligó a levantar la cabeza. Después de mirarla largamente a los ojos, preguntó:

—¿Promete usted no derribarme de un empujón si le doy un beso, Livia?

La muchacha sintió que el corazón le brincaba de gozo en el pecho.

¡Un beso!

¡El capitán Zinn quería darle un beso!

¡Lo que ella venía soñando desde hacía tiempo!

Naturalmente, respondió:

—Prometido, capitán.

Eric Zinn besó los carnosos y brillantes labios de Livia Jenner.

Suavemente.

Dulcemente.

Tiernamente.

La joven cerró los ojos y contuvo la respiración.

No podía creer que el apuesto y atlético capitán Zinn la estuviese besando, pero era cierto y deseaba concentrarse y gozar al máximo de aquel maravilloso momento.

Tras el beso, Eric Zinn le acarició la mejilla y dijo:

—Dejará de preocuparse por Miljan, ¿verdad, Livia?

La muchacha abrió los ojos y respondió:

—Lo intentaré, capitán.

—Cuando Miljan se recobre se lo haré saber.

—Gracias, capitán Zinn.

—A usted, por permitir que la besara.

—Ha sido un placer.

—Para mí sí que ha sido un placer. La veré más tarde, Livia.

—Me encontrará aquí, capitán Zinn.

Eric Zinn se despidió con un gesto y echó a andar, camino de la enfermería, para seguir interesándose por el estado de Miljan Pasic, que le preocupaba tanto como a la propia Livia Jenner.

La muchacha permaneció en la puerta del invernadero, viendo cómo se alejaba el capitán Zinn, recordando su beso, el agradable contacto de sus labios, la infinita ternura de la caricia.

Cuando Eric Zinn desapareció, Livia Jenner entró en el invernadero para reanudar su trabajo.

Ya no existía ningún peligro en él.

El peligro, ahora, lo llevaba el inanimado Miljan Pasic en su cuerpo.

Un peligro grave, terrible, capaz de acabar con todo el personal del Centro Espacial William Herschel.

Y muy pronto iba a verse.

CAPÍTULO IV

El capitán Zinn entró en la enfermería.

Tania, la enfermera, había despojado a Miljan Pasic de las botas, el cinto y el traje, dejándolo en *slip*, para que el doctor Kolev pudiera reconocerlo a fondo.

Petar Kolev se hallaba muy preocupado por el extraño aspecto que ofrecía el prácticamente desnudo cuerpo del joven ingeniero.

La palidez era profunda.

Total.

El cuerpo de Miljan Pasic, más que de carne, parecía de mármol.

A Eric Zinn también le impresionó mucho la acentuada blancura del cuerpo del pelirrojo.

De no ser porque su pecho subía y bajaba lentamente, al compás de su respiración, se hubiera podido pensar que Miljan Pasic estaba muerto.

Eric se acercó a la mesa de reconocimientos.

—¿Por qué está tan blanco, doctor? —preguntó.

Petar Kolev movió la cabeza.

—No lo sé, capitán. Aparentemente se trataba de una acusada pérdida de energía, de calor, de vitalidad. Además de blanco, Miljan tiene el cuerpo muy frío. Helado. Compruébelo.

Eric Zinn posó su mano sobre el pecho del joven.

Era cierto.

Miljan Pasic estaba frío como el hielo.

El capitán Zinn retiró su mano, murmurando:

—¿Cómo es posible que un simple golpe en la cabeza...?

—Miljan no recibió ningún golpe en la cabeza, capitán Zinn. De eso estoy absolutamente seguro. Su desvanecimiento se debió a otras causas. Coincidió con el empujón que le dio Livia y por eso la muchacha cree que se propinó algún golpe contra el suelo —repuso el doctor Kolev.

—Entonces no fue motivado por la caída.

—Desde luego que no, capitán. Y espero que el exhaustivo reconocimiento a que voy a someter a Miljan lo confirme.

El reconocimiento había terminado, pero el doctor Kolev seguía sin saber a qué se debía el desvanecimiento de Miljan Pasic, pues no encontró absolutamente nada anormal en su organismo.

Solo su falta de energía.

De calor.

De vitalidad...

Petar Kolev exhaló un suspiro y dijo:

—Esto es un misterio, capitán Zinn. Cerebro, corazón, pulmones, riñones, hígado... Todo funciona normalmente. Si no fuera por la palidez y frialdad de su cuerpo, diría que Miljan duerme tranquilamente. Jamás se me había presentado un caso tan extraño como este.

—¿No puede hacer nada, doctor?

—Me temo que no, capitán. Acostaremos a Miljan en una cama, lo arroparemos bien y le vigilarémos constantemente.

—Yo le llevaré a la cama —se ofreció Eric Zinn, y cargó con el gélido cuerpo del ingeniero.

La enfermería se comunicaba con una sala en la que había cuatro camas, que solían ocupar los enfermos que precisaban de un cuidado y una atención constantes.

Las cuatro camas se hallaban vacías, pues, afortunadamente, por el momento no había nadie enfermo en el centro espacial.

Solo Miljan Pasic.

Y él ocupó una de las camas.

Tania Deriugina cubrió al ingeniero con varias mantas.

El doctor Kolev ordenó:

—No te separes de su lado, Tania. Yo voy a tomar un bocado con el capitán Zinn. Si Miljan recobra el sentido antes de que yo regrese, avísame inmediatamente.

—Descuide, doctor —respondió la enfermera.

El capitán Zinn y el doctor Kolev abandonaron la habitación y salieron de la enfermería, dirigiéndose al restaurante del centro espacial.

* * *

Apenas cinco minutos después, Miljan Pasic abrió los ojos.

Tania Deriugina se hallaba junto a él, sentada en una silla.

—Miljan... —pronunció la enfermera, alegrándose de que el ingeniero hubiese recobrado el conocimiento.

Miljan Pasic recorrió la sala con los ojos, como muy extraño de hallarse en ella.

—¿Qué ha pasado, Tania?

—¿No lo recuerdas, Miljan?

—No, no recuerdo nada. Solo sé que tengo frío, mucho frío. Estoy helado, Tania... ¿Qué me ha sucedido?

—Estabas con Livia Jenner.

—Sí, fui a verla al invernadero... —empezó a recordar Miljan.

—Ella, te empujó y caíste al suelo.

—Sí, es verdad, me dio un empujón y me tiró al suelo...

—¿Por qué te empujó Livia, Miljan?

—Quería besarla...

—Tú siempre aprovechándote de las mujeres —recriminó la enfermera.

Miljan Pasic sonrió débilmente.

—No digas eso, Tania.

—Es la verdad, Miljan. De mí también te has aprovechado. Y más de una vez.

—Contigo lo paso muy bien, Tania.

—Tú lo pasas bien con todas.

—Las mujeres son mi debilidad, tú lo sabes.

—¿Qué pasó después de que te cayeras al suelo, Miljan? —interrogó la enfermera.

El pelirrojo forzó su memoria.

—No puedo recordarlo, Tania.

—Algo te hizo perder el conocimiento.

—Debí darme algún golpe.

—No te diste ninguno.

—¿Estás segura?

—No tienes ninguna señal.

—Pues no me lo explico.

—Trata de recordar, Miljan. Es muy importante.

El joven cerró los ojos un instante.

—Es inútil, Tania. Después de la caída, mi mente está en blanco, no registra imagen alguna.

Tania Deriugina suspiró y se puso en pie. Miljan Pasic volvió a abrir los ojos y preguntó:

—¿Adónde vas, Tania?

—El doctor Kolev me dijo que le avisara si recobraras el conocimiento.

—¿Está en la enfermería?

—No, fue a cenar con el capitán Zinn.

—¿Hace mucho?

—Unos diez minutos.

—Entonces no le llames. Interrumpirás su cena.

—Pero él me ordenó que...

—No hay prisa, Tania. Yo me encuentro bien. Lo único que tengo es frío.

—¿Quieres que te eche otra manta?

—No serviría de nada porque el frío que siento es interior, me sale de dentro, de los mismos huesos, de las entrañas... Lo que sí me iría bien es una buena taza de café caliente. ¿Tienes, Tania?

—¡Sí!

—Tráemela, de prisa.

—¡Te la preparo en un minuto!

La enfermera salió corriendo de la habitación. Minuto y medio después estaba de vuelta con una gran taza de humeante café muy negro.

—¡Está tan caliente que te vas a quemar la lengua! —aseguró riendo.

—Eso es lo que quiero yo —sonrió Miljan, incorporándose ligeramente para beberse el café.

Sacó los brazos de debajo de las mantas y cogió la taza.

Apenas la tuvo entre sus manos, ocurrió algo increíble.

¡El café se había congelado!

¡Se había convertido en hielo!

¡Las manos de Miljan Pasic hablan absorbido todo su calor!

El ingeniero, atónito, miró a Tania Deriugina.

La enfermera se hallaba tan estupefacta como él.

Tenía los ojos clavados en la taza.

—No..., no es posible... —balbuceó, con voz estrangulada.

Miljan Pasic, aterrado, soltó la taza, que rodó por encima de las mantas y cayó al suelo.

Volvió a mirar a la enfermera con ojos dilatados.

—¿Qué diablos me pasa, Tania...?

—No..., no lo sé, Miljan...

—¡El café se ha congelado en mis manos!

—Avisaré al doctor Kolev.

—¡No!

—Tengo que informarle, Miljan...

—¡No me dejes solo, Tania! ¡Tengo miedo!

—Solo será un momento, Miljan. Vuelvo en seguida —prometió la enfermera, y corrió hacia la puerta.

Miljan Pasic, aterrorizado, apartó las mantas y brincó de la cama, lanzándose en pos de Tania Deriugina, cubierto solo con el reducido *slip*.

—¡Tania...! —la llamó.

La joven, que acababa de cruzar la puerta, se detuvo, tan asustada como el ingeniero.

—¡Detente, Miljan! ¡No me toques!

La advertencia llegó tarde, pues el pelirrojo ya estaba cogiendo a la enfermera por los brazos.

Tania Deriugina se quedó rígida y empezó a temblar, los ojos desencajados de espanto.

—¡Tania! —gritó Miljan Pasic, desencajando los suyos a su vez.

La enfermera intentó hablar, pero su rígida garganta no pudo emitir sonido alguno.

Su cara se estaba quedando muy blanca.

Su cuerpo perdía rápidamente calor.

Miljan Pasic comprendió que estaba matando a la muchacha y, horrorizado, quiso soltar sus brazos.

No pudo.

Sus manos no obedecieron la orden que recibían de su cerebro.

Parecían pertenecer a otra persona.

Miljan lo intentó de nuevo, con auténtica desesperación.

Fue inútil.

Sus manos continuaron aferradas a los brazos de Tania Deriugina.

Eran como dos garras de acero.

Dos garras que estaban absorbiendo el calor del cuerpo de la enfermera.

Por esa razón, mientras el rostro de la muchacha se tornaba más y más blanco, el de Miljan Pasic iba recobrando el color, al igual que el resto de su cuerpo.

De pronto, una fina capa de hielo empezó a formarse sobre la piel de Tania Deriugina.

El horror de Miljan Pasic se acentuó considerablemente.

¡Estaba congelando a la enfermera!

¡La iba a convertir en una estatua de hielo!

¡Moriría irremisiblemente entre sus manos!

No, Tania Deriugina no moriría.

Había muerto ya.

Desde hacía casi dos minutos era cadáver.

Miljan Pasic la había matado.

Lo que Miljan Pasic llevaba dentro, mejor dicho.

CAPÍTULO V

El capitán Zinn y el doctor Kolev estaban terminando de cenar.

Comían los dos en silencio.

Hondamente preocupados.

No podían dejar de pensar en Miljan Pasic, en la misteriosa palidez y frialdad de su cuerpo...

Eric Zinn dijo:

—Miljan debe seguir inconsciente porque Tania no le ha llamado, doctor Kolev.

El médico alzó la mirada.

—No, no me ha llamado.

—Si recobrara el conocimiento, podríamos contarnos lo que le pasó.

—Esa es mi esperanza, capitán Zinn.

—Yo ya he terminado, doctor.

—Yo también.

—Volvamos a la enfermería, pues.

—Sí, lo estoy deseando.

Se pusieron los dos en pie y abandonaron el restaurante del centro espacial, dirigiéndose con paso rápido hacia la enfermería.

Apenas entrar en ella, ambos se quedaron quietos como postes.

Contemplaban con ojos agrandados a Tania Deriugina, que yacía en el suelo, boca arriba, el rostro y las manos cubiertos de hielo. Tanto el capitán Zinn como el doctor Kolev tardaron varios segundos en reaccionar.

El horror los tenía paralizados.

Y no era para menos, pues Tania Deriugina tenía hielo hasta en los ojos, desmesuradamente abiertos.

La fina capa de hielo no impedía ver el infinito terror que había en ellos, el espanto, la desesperación.

Eric Zinn y Petar Kolev, con sus respectivos estómagos encogidos, se aproximaron al cuerpo sin vida de la enfermera.

Mientras el doctor Kolev la examinaba de cerca, el capitán Zinn entró en la sala contigua.

Como ya sospechaba, Miljan Pasic no se encontraba en ella.

Se había puesto el traje, las botas y el cinto y había abandonado la enfermería.

Lo que sí encontró Eric Zinn fue la taza de café que yacía en el suelo, junto a la cama que ocupara el ingeniero.

La recogió y descubrió el café congelado, convertido en puro hielo.

Con la taza en las manos, el capitán Zinn salió de la habitación y se reunió con el doctor Kolev.

El médico había abierto el traje de Tania Deriugina, descubriendo su pecho desnudo, igualmente recubierto de hielo, como el resto del cuerpo de la infortunada joven.

Eric Zinn no pudo evitar un profundo estremecimiento al contemplar los jóvenes y armoniosos senos de la enfermera, ahora rígidos y cubiertos de hielo.

El doctor Kolev lo miró, tan estremecido como él.

Lentamente, se incorporó.

—Tania tuvo una muerte horrible, capitán.

—Miljan no está en su cama —informó Eric.

—Ya suponía que no. Él mató a Tania.

—¿Por qué?

—Es simple y complicado a la vez. Miljan sufrió una misteriosa pérdida de energía, de calor, de vitalidad, que le hizo perder el conocimiento. Cuando lo recobró, se apresuró a recuperar esa energía, ese calor y esa vitalidad que había perdido. Tania fue la víctima.

—¿Y cómo consiguió...? —preguntó Eric Zinn, absolutamente perplejo.

El doctor Kolev se fijó en la taza de café congelado que tenía el jefe del centro espacial en las manos. La cogió y la examinó con detenimiento, sin pronunciar palabra.

—Con sus manos —respondió después.

—¿Con sus manos...?

—Sí, capitán. Esta taza de café lo demuestra. Cuando Miljan volvió en sí, debió sentir mucho frío. Tania le ofreció una taza de café bien caliente, para ver si le hacía entrar en calor. Eso era lo que necesitaba Miljan: calor. Del tipo que fuera. Y, cuando cogió la taza con sus manos, absorbió todo el calor del café, hasta dejarlo congelado. El hecho de que la taza esté llena, demuestra que no llegó a beber ni un solo sorbo. No le dio tiempo. El café se convirtió en hielo apenas él tomó la taza con sus manos. Tania, asustada, debió huir de Miljan, pero él saltó de la cama y la atrapó aquí, en este punto de la enfermería. Y con la pobre Tania ocurrió lo mismo que con el café... Miljan absorbió todo el calor de su cuerpo, hasta convertirla en una figura de hielo.

—Espantoso... —musitó Eric Zinn.

—Pero cierto, capitán Zinn. Ignoro las causas, pero Miljan Pasic se ha convertido en un ser terriblemente peligroso. Le basta tocar a una persona para matarla. Y él lo sabe. Lo descubrió cuando tocó a Tania.

Eric Zinn se oprimió las sienes.

—Es tan fantástico que resulta difícil de admitir.

—Las pruebas no dejan lugar a dudas, capitán Zinn. Tenemos que encontrar a Miljan. Y pronto. Es posible que vuelva a matar.

Eric Zinn dio una cabezada de asentimiento.

—Tiene usted razón, doctor Kolev, Ordenaré a los guardias de seguridad que le busquen inmediatamente.

* * *

Livia Jenner interrumpió su trabajo al ver entrar en el invernadero al capitán Zinn. No esperó a que llegara junto a ella, salió a su encuentro, preguntando con viva ansiedad:

—¿Ha recobrado ya Miljan el conocimiento, capitán Zinn?

—Sí, lo ha recobrado ya —respondió Eric Zinn, con gesto preocupado.

—Gracias a Dios —se alegró la muchacha—. ¿Y cómo está, capitán?

—Lo sabré cuando le encontremos.

La joven parpadeó.

—¿Ha dicho encontremos, capitán...?

Eric Zinn asintió con la cabeza e informó:

—Miljan mató a Tania y abandonó la enfermería, mientras el doctor Kolev y yo cenábamos en el restaurante.

Livia Jenner palideció alarmantemente.

—¿Que Miljan mató... a Tania?

—Sí.

—¿Por qué?

Eric Zinn se lo contó todo.

Livia Jenner no podía dar crédito a lo que oía.

—¡Tania convertida en una figura de hielo...!

—Así es, Livia —cabeceó gravemente Eric.

—¡Es espantoso, capitán Zinn!

—Sí, realmente espantoso.

Livia Jenner cerró los ojos y pareció tambalearse.

Eric Zinn se apresuró a tomarla por los hombros.

—¿Se encuentra bien, Livia?

La joven abrió los ojos.

—Sí, no se preocupe, capitán. Solo estoy un poco mareada. Su relato me ha impresionado mucho.

—Será mejor que se siente.

—No, se me pasará en seguida.

—Quiero que vuelva a contarme su incidente con Miljan, Livia.

—¿Por qué?

—Porque aquí se inició todo, Livia. En el invernadero.

—Pero...

—Miljan estaba normal cuando entró, ¿verdad?

—Absolutamente normal.

—¿Qué hizo usted, después de propinarle el empujón?

—Eché a correr hacia la puerta.

—¿No la llamó Miljan?

—No.

—¿Le oyó quejarse?

—No.

—Vayamos al lugar exacto en donde cayó Miljan —indicó Eric Zinn, llevando a la muchacha hacia aquella parte del invernadero.

Una vez allí, el capitán Zinn observó a su alrededor.

De pronto sugirió:

—¿Quiere que reproduzcamos la escena, Livia?

—Si cree que puede aclarar algo...

—Es posible que sí.

—De acuerdo, reproduzcámosla.

—¿Dónde estaba usted, exactamente, cuando Miljan la abrazó e intentó besarla?

La joven se puso en el mismo lugar de entonces.

—Aquí mismo, capitán.

—La abrazaré y simularé que quiero besarla. Usted me dará un golpe en la rodilla y luego me empujará. ¿De acuerdo, Livia?

—Sí, capitán.

—Vamos allá —sonrió Eric, rodeando con sus brazos el cuerpo de la muchacha.

Livia se sintió tan a gusto que, cuando el capitán Zinn intentó besarla, se olvidó de propinarle el golpe en la rodilla y no impidió el beso.

Incluso colaboró en la caricia.

Eric, extrañado, separó su boca de la de ella y preguntó:

—¿Llegó Miljan a besarla, Livia?

—No.

—¿Y por qué ha permitido que la besara yo?

—No lo sé.

—Tenemos que reproducir la escena exactamente igual, Livia, o no servirá de nada.

—Lo siento, capitán Zinn. Me distraje un momento y...

—Vamos a repetirlo, ¿de acuerdo?

—Sí, capitán.

Eric Zinn buscó nuevamente los apetecibles labios femeninos.

Livia Jenner ladeó la cabeza, para esquivar el beso, y propinó un golpe con el puño en la rodilla izquierda del jefe del centro espacial.

El capitán Zinn preguntó:

—¿Qué hizo Miljan ahora, Livia?

—Dio un grito de dolor, me soltó en el acto y se agarró la rodilla.

Eric hizo todo eso.

—Yo le empujé —siguió relatando la joven.

—Empújeme.

Livia lo hizo y Eric cayó al suelo.

La muchacha echó a correr hacia la puerta.

—¡Livia! —la llamó Eric.

La joven se detuvo en seco y se volvió, recordando:

—Miljan no me llamó, capitán Zinn.

—Pero yo sí, porque la necesito a mi lado.

Livia regresó apresuradamente.

—Aquí me tiene capitán.

—¿Cayó Miljan en esa posición?

—Más o menos.

Eric Zinn, recostado en el suelo, observó el alto y amplio mirador del invernadero.

Fijamente.

Con una expresión muy rara.

Livia Jenner observó también el mirador.

—¿Ha visto algo, capitán Zinn?

—No, pero es posible que Miljan sí lo viera.

—¿El qué?

—No lo sé. Pero estoy seguro de que vio algo. Eso fue lo que le hizo perder el conocimiento, no la caída. Ahí empezó todo, Livia. La pérdida de energía de Miljan, la pérdida de calor, de vitalidad... Algún extraño fenómeno se apoderó de él, invadió su organismo, alterándolo por completo. Y, sea lo que fuere, continúa dentro de él — adivinó Eric Zinn.

CAPÍTULO VI

El Centro Espacial William Herschel era una construcción enorme y compleja, de ahí que no fuese fácil encontrar a alguien que deseara esconderse en él.

Y si ese alguien conocía perfectamente el centro espacial, como era el caso de Miljan Pasic por su condición de ingeniero, la búsqueda aún resultaba más difícil y complicada.

Los guardias de seguridad llevaban más de dos horas tratando de hallar a Miljan Pasic, pero el pelirrojo no aparecía por ningún sitio.

Todo el personal del centro espacial había sido advertido por el capitán Zinn del peligro que entrañaba el encontrarse con Miljan Pasic, pues el simple contacto con él ocasionaba la muerte casi instantánea por congelación.

Cualquiera que descubriese a Miljan Pasic debía alejarse rápidamente de él y avisar al capitán Zinn.

La inquietud, por tanto, era general.

Todos hablaban de Miljan Pasic.

¿Qué le ocurría al simpático pelirrojo?

¿Cómo podía ocasionar la muerte por congelación, con el simple contacto de sus manos?

¿Qué extraño y diabólico virus se había apoderado de su organismo?

Estas y otras muchas preguntas se hacía el personal del centro espacial, pues el capitán Zinn se había limitado a advertir el peligro que suponía tropezarse con Miljan Pasic, pero no había explicado las causas.

Ya las explicaría, en su momento.

Lo primero era encontrar y atrapar a Miljan Pasic.

Él confirmaría o echaría por tierra las teorías del capitán Zinn y el doctor Kolev.

La búsqueda continuó, pero Miljan Pasic seguía sin aparecer.

Livia Jenner terminó su trabajo y abandonó el invernadero dirigiéndose al restaurante del centro espacial, donde cenó, sin demasiado apetito.

Luego la muchacha se encaminó hacia su habitáculo.

Constaba, como todos los habitáculos individuales, de una pequeña sala de estar, el dormitorio y el cuarto de baño.

Livia se dejó caer en uno de los sillones de la sala de estar.

Normalmente, por las noches, cuando se retiraba a su habitáculo, Livia solía prepararse una bebida, tomar un libro, ponerse cómoda en el sofá y leer un rato hasta que le entraba sueño. Entonces se levantaba, entraba en su dormitorio y se acostaba.

Aquella noche, sin embargo, Livia Jenner no tenía ganas de leer.

Ni de beber.

Ni de nada.

Se hallaba demasiado preocupada.

Y bastante asustada también.

La horrible muerte de Tania Deriugina a manos de Miljan Pasic...

El recordarlo le produjo un escalofrío.

Livia descansó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos.

Pensó en el capitán Zinn.

Era mucho más agradable.

Como agradable había sido sentirse entre sus fuertes brazos y ser besada por él.

¿Habría sentido él lo mismo? Eso se estaba preguntando Livia Jenner cuando, de pronto, escuchó un leve ruido.

Como una pisada.

La joven abrió los ojos inmediatamente.

Un gemido de terror escapó de su garganta.

¡Miljan Pasic estaba allí!

¡En su habitáculo!

¡En la misma puerta del dormitorio!

¡Mirándola fijamente!

—Livia... —la llamó quedamente.

La aterrada muchacha reaccionó.

Era consciente del peligro que corría.

No podía seguir sentada en el sillón, esperando que Miljan Pasic se le acercara, la tocara con sus manos y la convirtiera en una estatua de hielo, como a Tania Deriugina.

¡Tenía que huir!

¡Ponerse fuera del alcance de Miljan Pasic!

¡Avisar al capitán Zinn!

Livia Jenner brincó del sillón y corrió hacia la puerta de su habitáculo.

Miljan Pasic también corrió hacia allí.

Y llegó antes que ella.

Livia Jenner se detuvo, a poco más de un metro del ingeniero.

Un par de segundos después, retrocedía.

Ya no podía escapar.

Miljan Pasic le cerraba el paso.

El terror de la muchacha se acentuó.

El pelirrojo movió lentamente la cabeza.

—No debes tener miedo de mí, Livia. A la última persona que yo haría daño, es a ti.

La joven siguió retrocediendo.

Miljan la miró de forma suplicante.

—Por favor, Livia, tienes que creerme. Estoy aquí porque necesito ayuda. Los guardias de seguridad me están buscando, lo oí por los altavoces. Si me encuentran

dispararán sobre mí con sus fusiles de rayos láser y me matarán.

—¡Tú mataste a Tania, Miljan! —gritó la muchacha.

—Yo no quería, Livia, te lo juro. La cogí por los brazos para que no huyera de mí, me aterraba quedarme solo en la enfermería después de haber presenciado cómo el café se congelaba en mis manos, apenas coger la taza. Si hubiera sospechado que a Tania iba a sucederle lo mismo, no la habría tocado con mis manos.

—¿Por qué no la soltaste, antes de que...?

—¿Crees que no lo intenté? —sonrió amargamente el ingeniero.

—¿No pudiste?

Miljan Pasic sacudió la cabeza.

—No, Livia, no pude, pese a que lo intenté con todas mis fuerzas, con auténtica desesperación. Mis manos parecían soldadas a los brazos de la pobre Tania. Ella se estaba congelando, se estaba muriendo en mis propias narices y yo no podía hacer nada por evitarlo. Fueron los minutos más horribles de toda mi vida, puedes creerme. Estuve a punto de volverme loco.

—¿Por qué huiste, Miljan?

—Me sentía horrorizado. No podía permanecer un solo minuto más en la enfermería después de lo que había hecho. Tania parecía mirarme a través de la capa de hielo que cubría sus desorbitados ojos. Me vestí con toda rapidez y abandoné la enfermería. Poco después oí por los altavoces que los guardias de seguridad me buscaban. Tuve que esconderme para que no me encontraran. No quiero que me maten, Livia. Yo maté a Tania, pero en contra de mi voluntad. No soy culpable. Ni de la muerte de Tania, ni de lo que me pasa. ¿Sabes tú qué es lo que tengo, Livia? ¿Por qué se congeló el café cuando cogí la taza con mis manos? ¿Por qué se congeló Tania? ¿Por qué no pude soltar sus brazos?

Livia Jenner, menos aterrorizada que antes gracias a las explicaciones del ingeniero, preguntó:

—¿Por qué te desvaneciste en el invernadero, Miljan?

—No puedo recordarlo. Solo sé que tú me empujaste, después de golpearme en la rodilla con las tijeras de podar, y yo caí al suelo. No recuerdo nada más.

—El capitán Zinn sospecha que viste algo a través del mirador del invernadero.

—¿El mirador...?

—Sí.

Miljan Pasic guardó silencio unos instantes.

—El mirador... —repitió, muy quedamente, mientras forzaba su cerebro al máximo.

—¿Viste algo, Miljan?

—Sí.

—¿Qué viste?

—Estoy tratando de recordarlo, pero las imágenes que logro extraer de mi cerebro no son claras. Veo como una luz, extraña, amarillenta, muy intensa, cegadora...

—Sigue, Miljan, sigue —animó Livia, muy nerviosa.

—Es inútil, la luz me deslumbra, no me deja ver lo que hay tras ella...

—¿Penetró esa luz en el invernadero, Miljan?

—Juraría que sí, porque se tornó más intensa, más cegadora.

—¿Penetró en ti, Miljan?

—¿En mí...?

—¿No sentiste nada antes de desmayarte?

—Sí, sentí dolor... Un dolor terrible, por todo el cuerpo, que me hizo temblar como si estuviese recibiendo una descarga eléctrica... Eso fue lo que sentí, Livia, ahora lo recuerdo. El dolor era tan insufrible que me desvanecí.

Livia Jenner exhaló un hondo suspiro.

—El capitán Zinn estaba en lo cierto, Miljan. Esa misteriosa luz invadió tu organismo, alterándolo por completo. Te produjo una pérdida de energía, de calor, de vitalidad..., que luego te obligó a recuperar en la enfermería, tomando a Tania como víctima. Tu cara ya no está blanca, has recobrado el color.

—Sí, es verdad —asintió el pelirrojo, tocándose las mejillas—. Ya no siento frío, mi cuerpo no está helado. Dejé de estarlo tras la muerte de Tania.

—Porque absorbiste el calor del cuerpo de ella. Tú no querías, pero eso que penetró en tu organismo, y que sin duda todavía llevas dentro, te obligó.

Miljan Pasic se miró, aterrorizado.

—¿Qué puede ser, Livia? ¿De dónde procede? ¿Por qué invadió mi cuerpo?

—No lo sé, Miljan —respondió la joven, con pena.

—¿Qué puedo hacer?

—Entregarte, Miljan.

—Me he convertido en un ser muy peligroso, los guardias de seguridad me dispararán en cuanto me vean.

—Tienen orden de atraparte vivo.

—No me fío. Algunos de ellos puede ponerse nervioso y apretar el gatillo.

—Yo te acompañaré, Miljan. De ese modo, nadie te disparará.

—¿Estás dispuesta a correr ese riesgo por mí?

—Te aprecio, Miljan, tú lo sabes.

El ingeniero sonrió emocionado.

—Si no temiera dejarte congelada, te daría un efusivo abrazo.

—Que yo recibiría encantada —sonrió también la muchacha.

—Prometo dártelo cuando todo esto haya pasado.

—De acuerdo, Miljan. Anda, vamos.

—No te acerques demasiado a mí.

—Solo lo necesario, no te preocupes.

Miljan Pasic se apartó de la puerta, que Livia Jenner abrió con su mando de control remoto.

—No salgas hasta que yo te diga, Miljan.

—Está bien.

Livia salió de su habitáculo y miró hacia ambos lados del largo y amplio corredor, hallándolo totalmente despejado.

—Ya puedes salir, Miljan —indicó.

El pelirrojo obedeció.

Livia cerró la puerta de su habitáculo.

—Vamos, Miljan.

Echaron a andar los dos por el corredor, mirando continuamente hacia un extremo y otro del mismo. Habrían dado unos diez pasos cuando vieron surgir a una pareja de guardias de seguridad.

Livia y Miljan se quedaron parados.

También los guardias de seguridad.

Habían reconocido a Miljan Pasic.

Los guardias reaccionaron y apuntaron al ingeniero con sus fusiles de rayos láser.

Livia Jenner dio un salto y se situó entre los guardias de seguridad y Miljan Pasic, al tiempo que gritaba:

—¡Quietos, no disparéis! ¡Miljan quiere entregarse!

Los guardias, tras cambiar una mirada, bajaron sus fusiles y se acercaron a Livia y Miljan.

Este respiró aliviado.

—Gracias, Livia. Pensé que había llegado mi hora.

La joven volvió la cabeza y le sonrió por encima del hombro.

—Tú aún pellizcarás cientos de traseros femeninos, estoy segura de ello.

Miljan le devolvió la sonrisa.

—Eres una chica estupenda.

—Y lo estoy. ¿O no...? —bromeó Livia, para suavizar la tensión del momento.

—Tú sabes que sí —respondió el pelirrojo.

Los dos guardias de seguridad se detuvieron junto a ellos, apuntando a Miljan Pasic con sus fusiles.

—¿Es cierto que no deseas ofrecer resistencia, Miljan? —preguntó el de la derecha.

—Ninguna, os doy mi palabra —respondió el ingeniero.

—Mejor para ti —dijo el de la izquierda, quien seguidamente indicó—: Vamos, camina.

Miljan y Livia movieron las piernas.

La muchacha iba delante, a solo un metro del pelirrojo, que caminaba flanqueado por la pareja de guardias de seguridad.

Súbitamente, Miljan Pasic se detuvo.

El primer extrañado fue él, pues su cerebro no había ordenado a sus piernas que se quedasen quietas.

Los brazos del ingeniero, también por su cuenta, se elevaron de forma brusca y, antes de que los guardias de seguridad pudieran impedirlo, las manos del pelirrojo se cerraron sobre sus cuellos, aprisionándolos férreamente.

En aquel preciso instante, Livia Jenner volvió la cabeza para asegurarse de que todo iba bien.

Pero no iba bien, iba muy mal.

Tan mal, que la muchacha lanzó un chillido de horror.

CAPÍTULO VII

La escena era realmente horrorosa.

Los guardias de seguridad no podían mover un solo músculo de su cuerpo.

Se habían quedado paralizados.

Rígidos.

Dominados por un perceptible temblor.

Las manos de Miljan Pasic tenían la culpa de todo eso.

Seguían aprisionando los cuellos de los guardias de seguridad.

Absorbiendo el calor de sus cuerpos.

Las caras de los guardias se estaban quedando muy blancas.

La de Miljan Pasic, en cambio, se estaba poniendo muy roja.

Tanto como el fuego.

Eso mismo parecía despedir por los ojos: fuego puro.

Livia Jenner chilló:

—¡Suéltalos, Miljan! ¡Los estás matando!

El ingeniero ya sabía que estaba matando a los guardias de seguridad, que estaba absorbiendo su energía, su calor, su vitalidad, que dentro de muy poco se habrían convertido los dos en estatuas de hielo, pero nada podía hacer por evitarlo.

No era dueño de su cuerpo.

Ninguno de sus miembros le obedecía.

Ni siquiera podía hablar.

Todo su cuerpo vibraba.

Su cara, cada vez más roja, se tomó fluorescente.

Lo mismo ocurrió con sus manos.

¡Miljan Pasic parecía estar lleno de electricidad!

Livia Jenner, más aterrorizada aún que antes, retrocedió.

Pálida.

Temblorosa.

Estremecida de horror.

¡No podía creer lo que sus ojos estaban viendo!

¡Era demasiado fantástico!

¡Demasiado aterrador!

¡Realmente alucinante!

Las caras y las manos de los guardias de seguridad ya estaban blancas como el mármol y una delgada capa de hielo empezó a recubrirlas.

Los dos eran ya cadáveres.

Habían muerto congelados.

Entonces, y solo entonces, Miljan Pasic soltó sus cuellos.

Los guardias de seguridad, convertidos en sendos bloques de hielo, se vencieron y cayeron al suelo, los dos de una pieza, los fusiles de rayos láser empuñados, firmes entre sus rígidas y congeladas manos.

La expresión de sus ojos era horrible.

Estremecedora.

Miljan Pasic los miró, con aquellos ojos que parecían despedir fuego puro, el rostro y las manos fluorescentes, todavía, a causa de la energía acumulada en su organismo.

Lentamente, el ingeniero movió la cabeza y miró a Livia Jenner.

La joven se hallaba a unos cuatro metros de él.

Paralizada de horror.

Miljan Pasic hizo un esfuerzo y consiguió pronunciar el nombre de la muchacha.

—Livia...

Ella siguió muy quieta.

Callada...

Dominada por el terror.

Miljan Pasic movió la cabeza de un lado a otro.

—Yo no quería, Livia, te lo juro... Lo que llevo dentro me obligó a atrapar sus cuellos, a absorber el calor de sus cuerpos... Yo quería soltarlos, pero mis manos no me obedecían...

Livia Jenner no dijo nada.

No podía hablar.

El horror se lo impedía.

—Livia... —musitó Miljan, dando un paso hacia ella.

Eso hizo reaccionar a la muchacha.

Dio un salto hacia atrás y gritó:

—¡No te acerques, Miljan!

El ingeniero quiso detenerse, pero no pudo.

Otra vez perdía el dominio de su propio cuerpo.

Las piernas no obedecían la orden de su cerebro, sino la que sin duda recibían de aquello que él llevaba dentro y que se adueñaba de su voluntad cuando le venía en gana.

Como cuando congeló a Tania Deriugina.

Como cuando congeló a los dos guardias de seguridad.

O como ahora, que le impulsaba a acercarse a Livia Jenner.

Y Miljan Pasic sospechaba para qué.

Para absorber la energía de su cuerpo.

Su calor.

Su vitalidad.

Para convertirla en una figura de hielo...

Livia Jenner también lo comprendió así y no quiso resignarse a su suerte. Giró velozmente y echó a correr.

Miljan Pasic también corrió.

Y no por su propia voluntad.

El ingeniero hubiera deseado correr en dirección contraria.

No quería atrapar a Livia Jenner.

No quería matarla.

¡Dios!

¿Por qué no podía luchar contra aquella maldita fuerza que se había adueñado de su cuerpo?

¿Por qué tenía que matar a personas a las que apreciaba?

Tania Deriugina...

Los dos guardias de seguridad...

Y, ahora, Livia Jenner.

Miljan Pasic estaba seguro de que iba a matarla también.

Corría más de prisa que ella.

Ya casi la tenía a su alcance.

A Livia Jenner le quedaban solo unos segundos de vida...

CAPÍTULO VIII

El capitán Zinn caminaba por uno de los amplios corredores del Centro Espacial William Herschel.

Venía de hablar con el profesor Toplak, uno de los más prestigiosos astrónomos del centro, a quien había acudido para saber si, aquella tarde, los modernos aparatos instalados en el gigantesco observatorio del centro espacial habían captado algún fenómeno astrológico.

Eric Zinn no había perdido el tiempo, pues, efectivamente, los complejos aparatos habían captado una extraña luz amarillenta, muy intensa, que surcaba el espacio sideral a gran velocidad.

La visión solo duró unos pocos segundos.

Luego la luz desapareció.

El capitán Zinn relacionó inmediatamente el fenómeno astronómico con lo que le había sucedido a Miljan Pasic en el invernadero, e informó con detalle al profesor Toplak para conocer la opinión del inteligente científico.

El profesor Toplak, tras unos minutos de profunda reflexión, estuvo de acuerdo en que el fenómeno astronómico podía estar directamente relacionado con la misteriosa alteración del organismo de Miljan Pasic.

En opinión del experto astrónomo, la intensa luz amarillenta captada durante unos segundos por los diversos aparatos del observatorio del centro espacial podía ser una especie de energía cósmica que surcaba el Universo, cuyo origen resultaba difícil precisar. Parte de esa energía podía haber invadido el organismo de Miljan Pasic en busca de más energía.

El capitán Zinn tenía el convencimiento de que la teoría del profesor Toplak era acertada, y lo que le preocupaba ahora, más que encontrar y atrapar a Miljan Pasic, era cómo destruir esa desconocida energía que el ingeniero llevaba sin duda en su interior.

El profesor Toplak ya había adelantado que no sería sencillo, fundamentalmente por ignorar por completo la composición de dicha energía cósmica.

Ensimismado en sus pensamientos, Eric Zinn siguió caminando por el largo corredor.

De pronto vio surgir a Livia Jenner por el extremo del mismo.

Corriendo como una loca.

Tras ella vio surgir a Miljan Pasic.

Corriendo en pos de la muchacha.

La cara y las manos muy rojas.

Despidiendo una extraña fluorescencia.

Ello hizo que un ramalazo de frío estremeciera el fornido cuerpo del jefe del centro espacial.

—¡Socorro, capitán Zinn...! —chilló Livia Jenner.

La reacción de Eric Zinn no se hizo esperar.

Extrajo velozmente su pistola de rayos láser y apuntó a Miljan Pasic.

—¡Detente, Miljan! ¡Detente o disparo!

El pelirrojo frenó en seco su carrera.

La energía cósmica que controlaba su cuerpo lo había querido así.

Una energía viva.

Inteligente.

Capaz de saber qué le convenía y qué no le convenía.

Enfrentarse al jefe del Centro Espacial William Herschel no le convenía, al parecer, así que hizo dar media vuelta al ser terrestre en cuyo organismo se había alojado.

Miljan Pasic emprendió la huida.

Eric Zinn ordenó:

—¡Párate, Miljan!

El ingeniero no hizo caso y dobló el corredor.

El capitán Zinn se lanzó en su persecución.

Livia Jenner corrió detrás del jefe del centro espacial.

Eric Zinn alcanzó el extremo del corredor.

Allí se detuvo.

Miljan Pasic no se veía en el otro corredor.

Se había esfumado.

Livia Jenner llegó junto a Eric Zinn, quien tenía los ojos fijos en los rígidos y congelados cuerpos de los dos guardias de seguridad.

El capitán Zinn, roncamente, interrogó:

—¿Qué pasó, Livia?

La joven, muy nerviosa, se lo refirió en pocas palabras.

—Miljan no es dueño de sus actos, capitán Zinn —dijo, al término de su breve relato.

—Lo sé, Livia. Es esa maldita energía cósmica que invadió su cuerpo en el invernadero.

—Sí, ella le obliga a matar.

—Tenemos que encontrarlo.

—¿Dónde se habrá escondido?

—Miremos en su habitáculo, Livia.

—¿En el mío...?

—Allí se escondió antes, ¿no?

—Bueno, de mi dormitorio surgió, sí.

—Vamos, no perdamos tiempo.

Corrieron hacia el habitáculo de Livia Jenner y entraron en él.

Lo registraron.

Miljan Pasic no estaba allí.

Eric Zinn y Livia Jenner salieron de él y buscaron al ingeniero en los otros habitáculos de aquel corredor, pero tampoco le encontraron en ninguno de ellos.

Al capitán Zinn le extrañó mucho, pues Miljan Pasic no tuvo tiempo de cruzar todo el corredor.

Ningún ser humano podía correr tan de prisa.

Contrariado por no haber podido atrapar a Miljan Pasic, Eric Zinn acompañó a Livia Jenner al habitáculo de la muchacha, donde conversaron unos minutos, mientras los cadáveres de los dos guardias de seguridad eran retirados por otros cuatro guardias.

Eric y Livia se habían sentado en el sofá de la pequeña sala de estar.

—¿Le sirvo algo de beber, capitán? —sugirió la joven.

—Sí, por favor. Lo necesito.

—Yo también —confesó Livia, levantándose del sofá y acercándose al mueble bar, reducido, pero bien surtido.

Tomó una de las botellas, escanció licor en un par de copas y regresó con ellas al sofá.

Eric y Livia bebieron sendos tragos.

El jefe del centro espacial preguntó:

—¿Está asustada, Livia?

—Mucho, capitán.

—¿Teme que Miljan Pasic vuelva por aquí?

—Sí.

—Yo no lo creo, pero si usted quiere, me quedaré.

—¿En mi habitáculo...?

—Sí.

—¿Toda la noche...?

—Sí.

—Capitán Zinn... —musitó nerviosamente la muchacha.

Eric le aproximó el rostro, la besó cálidamente en los labios y confesó:

—Me gustaría quedarme, Livia.

—¿Por qué, capitán?

—Porque es usted una mujer preciosa.

—¿Quiere decir que le gusto?

—Muchísimo —respondió Eric, y volvió a besarla.

—Capitán...

—¿Sí, Livia?

—Puede quedarse.

Eric le acarició el cabello.

Suavemente.

Sin apartar sus ojos de los de ella.

—¿Estás segura de que deseas que me quede, Livia? —la tuteó.

—Lo estoy, capitán Zinn —le sonrió dulcemente la muchacha, y le ofreció los labios.

Eric la besó por tercera vez, al tiempo que la rodeaba con sus brazos y la estrechaba con fuerza contra su pecho.

CAPÍTULO IX

Fue una suerte que el capitán Zinn propusiera a Livia Jenner pasar la noche en el habitáculo de ella y que la muchacha aceptara encantada.

Sí, porque Miljan Pasic se hallaba oculto allí.

En el único lugar donde a Eric Zinn y Livia Jenner no se les había ocurrido mirar: el conducto del aire.

El ingeniero los observaba desde allí, a través de las delgadas rendijas de la placa metálica que cubría el conducto de ventilación de la sala de estar.

Dicha placa podía levantarse y bajarse con facilidad y aunque el conducto del aire quedaba un poco alto, Miljan Pasic lo sabía.

Desde allí arriba presenció cómo el capitán Zinn besaba y abrazaba con pasión a Livia Jenner y cómo la muchacha le correspondía.

El ingeniero envidió a Eric Zinn.

Y esa envidia se acentuó cuando veía que el capitán Zinn abría el traje de Livia Jenner y deslizaba su mano por allí, para acariciar sus pechos, sin separar su boca de la de ella.

Miljan Pasic advirtió el dulce estremecimiento de la joven y se mordió los labios con rabia.

Lo que daría él porque aquella mano que acariciaba los senos de Livia Jenner fuese la suya.

Pero no podía serlo.

Primero, porque Livia no se lo permitiría, segundo, porque si él tocaba a la muchacha, ella se convertiría en una figura de hielo.

Este pensamiento hizo recordar a Miljan Pasic lo cerca que él había estado de acabar con la vida de Livia Jenner.

Si no hubiera aparecido tan oportunamente el capitán Zinn...

El ingeniero se alegró de que así fuera, aunque ahora sintiese celos del jefe del centro espacial.

Eric Zinn seguía besando a Livia Jenner, acariciando hábilmente sus tersos y cálidos pechos, oprimiéndolos una y otra vez con suavidad.

De pronto separó su boca de la de ella y sugirió:

—¿Nos vamos a la cama, Livia?

—Sí, capitán —respondió la joven, sonriéndole con ternura.

—Llámame Eric. Y tutéame.

—Lo primero, todavía; pero lo segundo, ni hablar —se negó rotundamente Livia.

—¿Por qué no?

—Sería una falta de respeto.

—Si no me tuteas, me voy.

—¿Sería capaz...?

—No puedo acostarme con una mujer que me llama de usted.

—¿Por qué?

—Me sentiría muy incómodo.

Livia Jenner sonrió encantadoramente.

—Como quieras, Eric.

—Eso está mejor —sonrió también el capitán Zinn, y la besó fugazmente.

Luego cogió en brazos a la muchacha y entró con ella en el dormitorio.

Miljan Pasic se deslizó silenciosamente por el conducto de ventilación y alcanzó la placa metálica que comunicaba con el dormitorio de Livia Jenner.

Cuando miró por las rendijas vio que el capitán Zinn había depositado a la joven sobre la cama y ya la había despojado de las botas y el cinto.

Seguidamente, entre besos suaves y dulces caricias, Eric Zinn hizo lo propio con el traje de Livia Jenner, dejando a la muchacha con un brevísimo *slip* plateado.

Mientras el jefe del centro espacial se despojaba de su cinto, de sus botas y de su traje, Miljan Pasic pudo contemplar con todo detalle el cuerpo desnudo de Livia Jenner, que siguió tendida de espaldas sobre el lecho, observando, con la sonrisa en los labios, cómo Eric Zinn se desvestía.

Los ojos de Miljan Pasic se posaron en los hermosos y turgentes senos de Livia Jenner, de preciosas y rosadas aureolas y delicados pezones, erectos por las recientes caricias de Eric Zinn. También recorrieron su liso vientre, sus curvadas caderas, la maravillosa perfección de sus piernas, muy largas y de muslos delgados, esbeltos, sedosos, como toda la piel de su joven y fascinante cuerpo.

Miljan Pasic sintió deseos de comerse las uñas.

Bueno, sentía deseos de comerse otras cosas mucho más apetecibles, pero no eran suyas ni estaban a su alcance, así que tuvo que aguantarse.

Quien sí las tenía a su alcance era el capitán Zinn, que se había quedado en *slip*, como Livia Jenner, y se tendió junto a la muchacha para disfrutar de esas cosas tan maravillosas que ella le ofrecía muy gustosamente.

Eric Zinn besó la cálida boca de Livia Jenner, mientras sus manos acariciaban largamente el tibio y suave cuerpo femenino, desde el cuello hasta los tobillos, respetando solo aquellos pocos centímetros que cubría el plateado *slip*.

Livia, estremecida de placer, rodeó con sus brazos el robusto cuello de Eric y lo apretó con fuerza, poniendo de manifiesto su excitación, su creciente deseo de ser poseída por el hombre al que amaba tan calladamente.

Eric Zinn se dijo que había llegado el momento de descubrir la intimidad de la muchacha y la despojó del minúsculo *slip* plateado, acariciando seguidamente el dorado vello que poblaba su pubis.

En el conducto de ventilación, Miljan Pasic seguía comiéndose las uñas con rabia. Se aproximaba el momento de la unión sexual y no sabía si podría resistirlo así, callado, silencioso, inmóvil al otro lado de las rendijas de la placa metálica.

El pelirrojo hubiera preferido no mirar, pero no tuvo la suficiente fuerza de voluntad como para apartar sus ojos de las delgadas rendijas.

¿O sería aquello que llevaba dentro de él lo que le impulsaba a seguir observando al capitán Zinn y a Livia Jenner...?

Fuera lo que fuese, Miljan Pasic continuó espiando a la pareja.

Eric Zinn estaba ya tan desnudo como Livia Jenner, había separado delicadamente los muslos de la muchacha y se había colocado entre ellos para poseerla.

Y la poseyó.

Con infinita ternura, pero hondamente, colmándola con su hombría.

Livia Jenner cerró los ojos y emitió un gemido de gozo.

En aquellos momentos se sentía la más feliz de las mujeres.

Estaba haciendo el amor con Eric Zinn, el hombre al que tan locamente quería.

Rehuyó preguntarse si él también sentiría algo sincero y profundo por ella, o solo sería simple atracción física.

Livia temía que fuera lo segundo, por eso no quería hacerse la pregunta. Ya se la haría en otro momento.

En lo único que debía pensar ahora era en gozar plenamente de su unión íntima con el capitán Zinn, entregándose en cuerpo y alma al acto, para que él comprendiera que, para ella, aquella no era una unión sexual más, sino la más sincera y la más deseada de todas.

Totalmente ignorantes de que estaban siendo observados por Miljan Pasic, Eric Zinn y Livia Jenner continuaron haciendo el amor hasta alcanzar juntos el placer supremo, que fue prolongado e intenso, quedando maravillosamente satisfechos los dos. El capitán Zinn permaneció unos minutos más sobre Livia Jenner, durante los cuales acarició y besó suavemente el cuello de la muchacha, sus hombros, sus pechos...

Ella le besaba y acariciaba a su vez, susurrándole dulces palabras de amor, apenas audibles.

Eric se dejó caer de lado y cubrió con la sábana los cuerpos de los dos, hasta la cintura. Luego, abrazó tiernamente a la joven y preguntó:

—¿Te sientes feliz, Livia?

—Muy feliz, Eric. ¿Y tú...?

—Nunca me había sentido tan a gusto con una mujer.

—Resulta difícil de creer, porque habrás hecho el amor con tantas...

—Bastantes, no voy a negarlo. Pero ninguna caló hondo en mí. Esa es la razón de que continúe soltero.

—Todas las mujeres del centro espacial suspiran por ti. ¿No lo sabías, Eric?

—¿Tú también, Livia?

—Me temo que sí.

—Jamás lo hubiera sospechado.

—¿De veras?

—Sí, porque nunca descubrí en tu forma de hablarme o de mirarme lo que he descubierto en la manera de hablarme y de mirarme de otras mujeres del centro espacial.

—Tuve mucho cuidado en no revelarte mis sentimientos. Lo tuve hasta hoy, al menos. Esta tarde me delaté inconscientemente, cuando pusiste tu mano sobre mi boca y yo besé las yemas de tus dedos sin darme cuenta. Y más tarde volví a delatarme, en el invernadero, cuando estábamos reproduciendo mi incidente con Miljan Pasic. Tenía que esquivar tu beso, pero me sentí tan a gusto entre tus brazos, que no moví la cabeza y me dejé besar.

Eric Zinn, que no dejaba de acariciar la suave espalda de Livia Jenner, su cadera y sus prietas nalgas, sonrió y dijo:

—Ha sido aquí, en tu cama, donde te has delatado de verdad.

—Supongo que sí. Pero no me arrepiento en absoluto, ¿sabes?

—¿Por qué habías de arrepentirte?

—Es triste amar y no ser correspondida.

—¿Estás enamorada de mí, Livia?

—Como una tonta.

—Pues no estés triste, porque es más que probable que yo también me enamore de ti.

—No quiero soñar despierta.

—Yo tampoco quiero soñar, prefiero hacer el amor.

—¿Otra vez...?

—Vuelvo a sentir deseo. ¿Tú no, Livia?

—Sí, yo también —confesó la muchacha—. Como no dejas de acariciarme y tus manos son tan sabias...

Eric Zinn rio y unió su boca a la de Livia Jenner.

Algunos minutos después eran sus cuerpos desnudos los que se unían en íntimo y vigoroso abrazo.

La nueva escalada a la cima del placer les dejó exhaustos a los dos y, minutos más tarde, el sueño los vencía y ambos se quedaban dormidos, el uno en brazos del otro.

Quien no se durmió fue Miljan Pasic.

Siguió despierto y bien despierto en el conducto de ventilación, observando por las rendijas de la placa metálica.

Ahora ya se explicaba por qué nunca consiguió llevarse a la cama a la hermosa Livia.

Ella estaba perdidamente enamorada del capitán Zinn, acababa de confesarlo y de demostrarlo.

Miljan Pasic lo había pasado muy mal contemplando cómo Livia Jenner se entregaba sin reservas a Eric Zinn y la envidia y los celos que sintiera por este al principio, se habían convertido en odio.

Sí.

Odiaba al capitán Zinn.

Esta, sin embargo, no fue la razón de que Miljan Pasic decidiera abandonar su escondite.

En realidad, fue la extraña energía cósmica que se había apoderado de su cuerpo quien lo decidió.

Ella deseaba que Miljan Pasic levantara silenciosamente la placa metálica, que se descolgara con todo sigilo hasta el suelo, que se aproximara a los dormidos Eric Zinn y Livia Jenner, que aprisionase sus cuellos con sus manos y que absorbiese toda su energía, todo su calor y toda su vitalidad.

CAPÍTULO X

Miljan Pasic levantó la placa metálica.

Lentamente.

Sin causar el más leve ruido.

Eric Zinn y Livia Jenner, ajenos por completo al peligro que corrían, siguieron durmiendo, deliciosamente rendidos tras su doble unión sexual.

Miljan Pasic abandonó el conducto de ventilación y se deslizó hasta el suelo, con la máxima cautela.

Miró a Eric Zinn y Livia Jenner.

El ingeniero sintió pena por ellos.

Especialmente por Livia.

Sabía que iba a matarlos.

A los dos.

Nada ni nadie podría impedirlo.

Ni siquiera él mismo.

Era una especie de robot al servicio de aquella terrible fuerza cósmica que llevaba dentro.

Un robot humano.

Un robot asesino...

Miljan Pasic se acercó lentamente a la cama.

Él no quería, pero tuvo que hacerlo.

Miljan, horrorizado por los dos nuevos asesinatos que iba a cometer en contra de su voluntad, quiso gritar para despertar al capitán Zinn y a Livia Jenner y darles la oportunidad de escapar del diabólico poder que él llevaba dentro de su cuerpo.

Movió la boca, pero ningún sonido salió de su garganta.

No podía gritar.

Ni siquiera hablar.

La energía cósmica sabía que Miljan Pasic quería advertir a Eric Zinn y Livia Jenner del peligro que corrían. Por eso había paralizado sus cuerdas vocales.

El ingeniero, desesperado, llamó mentalmente al capitán Zinn.

Gritó con su cerebro.

Miljan Pasic había oído hablar mucho de las ondas mentales y, aunque nunca lo había experimentado, lo hizo ahora como último recurso.

Dudaba mucho que tuviese éxito, pero no podía hacer otra cosa.

Estaba ya junto a la cama.

Preparando sus manos.

El atrapar los cuellos de Eric Zinn y Livia Jenner era solo cuestión de segundos.

El cerebro de Miljan Pasic seguía llamando al capitán Zinn.

Angustiosamente.

Desesperadamente.

A punto de estallar y desparramar su materia gris.

Tal esfuerzo mental tenía que dar forzosamente algún resultado.

¡Y lo dio!

¡Eric Zinn abrió los ojos!

¡Dentro de su cabeza había sonado la voz de Miljan Pasic!

¡En su mismo cerebro!

—¡Despierte, capitán Zinn! —le había gritado mentalmente el ingeniero—. ¡No quiero matarles, pero me obligan a hacerlo!

Y la mente de Eric Zinn había captado el mensaje.

Por eso había abierto los ojos.

Repentinamente.

Vio a Miljan Pasic junto a la cama. Su cara y sus manos seguían muy rojas y despedían aquella extraña fluorescencia.

Y sus ojos...

Era lo más espantoso de todo.

Parecían dos pequeños lanzallamas.

¡Ardían!

¡Despedían fuego!

¡Se podría encender un cigarrillo con solo acercarlo a uno de ellos!

La reacción del capitán Zinn fue instantánea.

Eso le salvó la vida.

Y también salvó la de Livia Jenner.

De momento, al menos.

Sí, porque aún estaba por ver si Eric Zinn era capaz de reducir a Miljan Pasic.

Y tendría que hacerlo con sus manos, pues su pistola de rayos láser había quedado fuera de su alcance por el momento.

Eric Zinn había brincado de la cama, arrastrando consigo a la dormida Livia Jenner, que se despertó en ese preciso instante.

Cayeron los dos al suelo por el lado contrario de la cama, completamente desnudos.

—¡Eric! —gritó Livia, absolutamente desconcertada.

—¡Es Miljan! —gritó a su vez el jefe del centro espacial, señalando con el brazo al ingeniero.

Una oleada de frío estremeció el cuerpo de Livia Jenner.

—Miljan... —pronunció, con voz ahogada, mirando ya al pelirrojo.

—¡En pie, Livia! —indicó Zinn, irguiéndose de un salto.

Agarró a la muchacha por los hombros y la levantó.

—¡Detrás de mí, Livia! —ordenó, protegiéndola con su cuerpo.

Miljan Pasic rodeó lentamente la cama.

El capitán Zinn vio entonces la posibilidad de alcanzar su pistola de rayos láser, que descansaba sobre una silla, como su traje, al otro lado de la cama.

Sin pensárselo dos veces, dio un fantástico salto por encima de la cama y cayó al suelo, pero muy cerca de la silla.

Miljan Pasic se desentendió de Livia Jenner y fue hacia Eric Zinn.

Este ya estaba empuñando su pistola.

Se irguió velozmente y apuntó al ingeniero.

—¡Quieto, Miljan! ¡Si das un solo, paso más, disparo!

La amenaza del jefe del centro espacial no hizo ningún efecto.

Miljan Pasic siguió avanzando hacia él.

Eric Zinn sabía que el ingeniero no quería matarle, pues si estaba despierto era gracias a él, pero sabía también que lo intentaría, porque no era dueño de sus actos, obedecía órdenes de la maldita energía cósmica y no tuvo más remedio que disparar.

Lo hizo, no obstante, con la pistola regulada al mínimo de su potencia, para dejar solamente inconsciente a Miljan Pasic.

El pelirrojo se estremeció al recibir en su pecho el atenuado rayo láser, pero eso fue todo.

No perdió el conocimiento.

Siguió acercándose al jefe del centro espacial.

—¡Eric...! —chilló Livia Jenner, angustiada.

El capitán Zinn efectuó dos nuevos disparos.

Como el resultado fue el mismo, procedió velozmente a aumentar la potencia de su pistola, regulándola casi al máximo.

Se vio obligado a hacerlo.

Se trataba de su vida y la de Livia Jenner... o la de Miljan Pasic.

Eric Zinn disparó de nuevo.

El rayo láser quemó el traje del ingeniero y abrasó su pecho.

Miljan Pasic no emitió ningún grito de dolor, pese a que su rostro se contrajo visiblemente.

Se detuvo unos segundos.

Luego prosiguió su lento avance hacia el jefe del centro espacial.

Livia Jenner volvió a chillar angustiosamente.

Eric Zinn puso a tope la potencia de su pistola y apretó nuevamente el gatillo.

No sirvió de nada.

Los rayos láser que abrasaban el cuerpo de Miljan Pasic no lograban abatirlo.

El capitán Zinn no efectuó más disparos.

Estaba ya convencido de su inutilidad.

Miljan Pasic llevaba una extraña y poderosa energía en su cuerpo y esa energía no podía ser destruida con otra energía.

Seguramente lo que hacía era alimentarla con los disparos de rayos láser aumentando su poder.

Miljan Pasic tenía ya a su alcance al jefe del centro espacial.

Eric Zinn le arrojó la pistola a la cara, tomó velozmente la silla, la elevó y la descargó sobre la cabeza del ingeniero, con todas sus fuerzas.

El silletazo, paradójicamente, resultó mucho más efectivo que los rayos láser y Miljan Pasic se desplomó en el acto, quedando inmóvil en el suelo, con los ojos cerrados.

CAPÍTULO XI

El capitán Zinn exhaló un profundo suspiro de alivio.

—Creí que no iba a conseguirlo de ninguna de las maneras —dijo, con la silla todavía en las manos.

Livia Jenner corrió hacia él y lo abrazó.

—¡Oh, Eric, he pasado un miedo terrible!

Eric Zinn se deshizo de la silla para poder abrazar a su vez el cuerpo desnudo de la muchacha, frío y tembloroso a causa del pánico.

—Tranquilízate, Livia. Miljan, por el momento, ha dejado de ser peligroso. Y tomaremos las medidas oportunas para que no vuelva a serlo cuando recobre el conocimiento.

La joven observó el cuerpo del ingeniero.

—Tiene el pecho horriblemente abrasado... —murmuró, horrorizada.

—Sí, pero ya viste que los rayos láser no pudieron con él. Tuve que abatirlo de un silletazo.

—¿Cómo te diste cuenta de su presencia en el dormitorio?

—Él me despertó.

—¿Miljan...?

—Sí, no quería matarnos, actuaba impulsado por la energía cósmica que invadió su organismo, como cuando mató a Tania Deriugina y a los dos guardias de seguridad.

—¿Cómo vamos a destruir esa energía, Eric?

—No lo sé, Livia. En principio parece difícil. Pero, afortunadamente, en el centro espacial contamos con un magnífico grupo de expertos científicos. Ellos estudiarán el caso con la profundidad que el mismo requiere y encontrarán la manera de destruir la energía cósmica que se adueñó del cuerpo y de la voluntad de Miljan.

—Dios lo quiera.

Eric Zinn besó los labios de Livia Jenner, le dio una cariñosa palmadita en la firme grupa y dijo:

—Tenemos que vestirnos, preciosa.

—Oh, sí. Ya no me acordaba de que estamos los dos totalmente desnudos —sonrió nerviosamente ella.

Eric apretó su cuerpo contra el de la muchacha.

—¿Seguro que no?

Los ojos de Livia Jenner brillaron.

—Eric, te estás poniendo nuevamente en forma...

—Eso parece —rio él.

—¿Cómo es posible, después de...?

—El contacto de tu hermoso cuerpo desnudo resulta muy estimulante, ¿no lo sabías?

—Me alegro mucho, pero si tenemos que vestirnos más vale que te separes de mí. Yo tampoco soy de piedra, Eric... —sonrió maliciosamente ella.

Eric Zinn volvió a reír.

—Tienes razón, Livia, debemos interrumpir este excitante contacto, porque no disponemos de tiempo para hacer nuevamente el amor.

* * *

El capitán Zinn y Livia Jenner se habían vestido ya.

Eric Zinn, utilizando el pequeño transmisor con pantalla que llevaba al cinto, llamó a los guardias de seguridad, quienes acudieron inmediatamente al habitáculo de Livia Jenner. El capitán Zinn requirió también la presencia del profesor Toplak, y el prestigioso astrónomo se apresuró a reunirse con el jefe del centro espacial.

El profesor Toplak contaba cuarenta y siete años de edad y era un hombre alto y delgado, de revuelta cabellera plateada.

El científico observó a Miljan Pasic, quien seguía tendido en el suelo, sin conocimiento. El silletazo le había producido una brecha en la cabeza por la que había sangrado profusamente.

Eric Zinn puso al astrónomo al corriente de todo.

—Es perfectamente comprensible que los rayos láser no lograsen abatirle —comentó el profesor Toplak—. No se puede apagar un fuego con un lanzallamas. El calor no puede ser combatido con más calor, sino con frío.

—Con frío...

—Sí, capitán Zinn. Miljan Pasic debe ser instalado en un lugar hermético y sometido a una temperatura muy baja. Por supuesto, fuertemente sujeto, para que no cause problemas cuando recobre el conocimiento. Sospecho que Miljan Pasic tratará de abandonar por todos los medios ese frío lugar, tan poco conveniente para la energía cósmica que lleva dentro de su cuerpo.

—¿Cree usted que dará resultado, profesor Toplak?

—No lo sé, capitán. Pero, por el momento, no podemos hacer otra cosa. Si logramos retener a Miljan Pasic en ese lugar, sometido a observación y estudio, es posible que consigamos averiguar el origen y la composición de esa extraña energía y entonces sabríamos cómo destruirla de una manera total y efectiva.

—Se hará como usted dice, profesor Toplak —cabeceó Eric Zinn.

Sin ser tocado en ningún momento con las manos, Miljan Pasic fue levantado del suelo y colocado sobre una camilla por cuatro guardias de seguridad, siguiendo las

indicaciones del profesor Toplak.

Acto seguido, el joven ingeniero fue trasladado a una pequeña y hermética habitación.

Una vez en ella, fue despojado de las botas, el cinto, el quemado traje, e incluso el *slip*, y así, completamente desnudo, fue sólidamente amarrado a una alargada mesa metálica.

Miljan Pasic no se enteraba de nada, pues seguía inconsciente.

Todos abandonaron la habitación, dejándolo solo.

Instantes después, la temperatura de la pequeña habitación empezaba a bajar, al entrar en funcionamiento el aparato refrigerador que había sido instalado en ella.

A través de un mirador circular, Miljan Pasic era observado atentamente por el profesor Toplak, el capitán Zinn, Livia Jenner y el doctor Kolev, que había acudido tan pronto como tuvo noticia de la captura del ingeniero y ya estaba al corriente de todo.

El termómetro de la hermética habitación marcaba ya los cero grados centígrados.

Y la temperatura seguía bajando...

El cuerpo desnudo de Miljan Pasic empezó a perder su extraña fluorescencia. También color.

Cuando el termómetro marcó cinco grados bajo cero el cuerpo del ingeniero estaba ya blanco, casi tanto como cuando el capitán Zinn y Livia Jenner lo hallaron desvanecido en el invernadero.

El profesor Toplak, que controlaba a distancia el aparato refrigerador, hizo subir la temperatura hasta los cero grados centígrados y la mantuvo así.

—Esperaremos a que Miljan Pasic recobre el conocimiento y, según cómo reaccione, mantendremos la temperatura en los cero grados o la bajaremos todo lo que sea necesario —dijo el astrónomo.

Todavía flotaban en el aire sus palabras, cuando Miljan Pasic abrió los ojos de golpe, desmesuradamente.

Apenas un segundo después, su amarmolado cuerpo se tensaba y de su garganta escapaba un alarido infrahumano.

Las anchas y sólidas correas resistieron la fuerte presión que sobre ellas ejercía el cuerpo del ingeniero, quien lanzó otro alarido desgarrador, como si lo estuviesen asando vivo.

Y, realmente, eran alaridos de dolor.

El que sentía en su pecho abrasado.

Cuando los rayos quemaron su carne, ya sintió un dolor espantoso, insufrible, pero entonces no pudo gritar, porque la energía cósmica tenía paralizadas sus cuerdas vocales y solo pudo acusar la terrible mordedura del láser contrayendo su rostro.

Ahora era distinto.

Había recobrado la libertad de su garganta al mismo tiempo que el conocimiento y el intenso dolor le hacía bramar como una bestia a la que estuviesen desollando sin

haberle dado muerte antes.

Sus alaridos estremecieron al profesor Toplak, al capitán Zinn, al doctor Kolev y a Livia Jenner.

—¿Por qué gritará de esa forma tan espantosa? —se preguntó en voz alta Eric Zinn.

—A causa de las horribles quemaduras de su pecho —adivinó el profesor Toplak.

—En mi habitáculo no se quejó... —recordó Livia Jenner.

—Seguramente entonces no podía —acertó de nuevo el astrónomo.

—¿No puede hacer nada para aliviarle el sufrimiento, doctor Kolev? —sugirió Eric Zinn.

Petar Kolev movió la cabeza negativamente.

—Absolutamente nada, capitán Zinn. En realidad, Miljan Pasic debería estar muerto. Debió morir segundos después de que usted le disparara con su pistola. El láser abrasó totalmente su pecho. Solo esa energía cósmica que invadió su cuerpo le mantiene con vida. Cuando logremos destruirla totalmente, Miljan Pasic morirá —sentenció el médico.

—Dios mío... —gimió Livia Jenner, horrorizada.

Eric Zinn apretó los puños.

—Es terrible verle sufrir así.

—Sí, lo es —convino gravemente el profesor Toplak—. Pero el doctor Kolev tiene razón, no podemos hacer nada por aliviarle el dolor. Ni siquiera acabar con su vida, lo que equivaldría a acabar con su sufrimiento. La energía cósmica no lo permitiría. Mientras ella esté viva, mantendrá vivo a Miljan Pasic. Lo necesita.

No hubo más comentarios.

Con los corazones oprimidos, el capitán Zinn, el profesor Toplak, el doctor Kolev y Livia Jenner siguieron contemplando las violentas sacudidas que daba el blanco y desnudo cuerpo de Miljan Pasic y los continuos aullidos de dolor que lanzaba su garganta.

CAPÍTULO XII

El tormento, para el infortunado Miljan Pasic, fue largo y angustioso, terrible de verdad.

Finalmente su cuerpo sufrió un espasmo diferente y de su garganta escapó un grito agónico.

Luego, Miljan Pasic quedó absolutamente inmóvil.

Rígido.

Con los ojos abiertos.

Horriblemente dilatados.

También la expresión de su boca, entreabierta y torcida, era horrible.

Aparentemente al menos, Miljan Pasic había muerto.

Así parecieron entenderlo el capitán Zinn, Livia Jenner, el profesor Toplak y el doctor Kolev, y los cuatro quedaron bastante desconcertados; especialmente el astrónomo.

Sí, porque el profesor Toplak acababa prácticamente de afirmar que, mientras la energía cósmica estuviese viva, mantendría vivo a Miljan Pasic, porque lo necesitaba.

Su teoría, con la muerte del ingeniero, se venía abajo.

A menos, claro, que la energía cósmica hubiese muerto también, destruida por la baja temperatura de la pequeña habitación.

El profesor Toplak se resistía a admitir esto último.

En primer lugar, porque no habían transcurrido más de quince minutos y le parecía muy poco tiempo para acabar con una fuerza tan poderosa.

Y, en segundo lugar, porque cero grados centígrados tampoco era una temperatura excesivamente baja.

Para un ser humano, tal vez, si no tenía con qué abrigarse, pero para una fuerza espacial, capaz de surcar el Universo...

De pronto, Livia Jenner exclamó:

—¡Ha muerto! ¡Miljan Pasic ha muerto!

—Sí, eso parece —dijo gravemente Eric Zinn, oprimiendo la mano de la muchacha.

—¿Entro a confirmarlo, capitán Zinn? —sugirió el doctor Kolev.

—No, espere, doctor —pidió el profesor Toplak, antes de que el jefe del centro espacial respondiera.

Petar Kolev le miró.

—¿Teme alguna cosa, profesor Toplak?

—Sí, doctor.

—¿El qué?

—Miljan Pasic está muerto, no me cabe la menor duda. Pero la energía cósmica que invadió su cuerpo...

—El frío la habrá matado, profesor.

—No lo creo, no es tan intenso. Y hace muy poco que la sometimos a él.

—Pero usted dijo que...

—Sé lo que dije, doctor Kolev, y empiezo a creer que estaba equivocado. Tal vez esa maldita fuerza espacial no necesite mantener con vida a Miljan Pasic y por eso le ha dejado morir. No olvide que se trata de una energía viva, inteligente, capaz de pensar y de decidir por sí misma. Lo ha demostrado sobradamente. Por ello no descarto la posibilidad de que se trate de una argucia suya para escapar del cuerpo de Miljan Pasic y de esta fría habitación.

Eric Zinn intervino:

—Creo que el profesor Toplak tiene razón, doctor Kolev. Sería magnífico que hubiésemos destruido totalmente esa energía cósmica, pero lo veo demasiado sencillo, demasiado fácil...

—Lo mismo me ocurre a mí, capitán —repuso el astrónomo.

—¿Qué hacemos, entonces...? —preguntó el doctor Kolev.

El profesor Toplak, tras unos segundos de reflexión, sugirió:

—Bien, puesto que la muerte de Miljan Pasic ofrece pocas dudas, dada la rigidez de su cuerpo y la expresión de su rostro, creo que deberíamos hacer descender la temperatura de la habitación mucho más. A él ya no podemos hacerle ningún daño, pues no es más que un cadáver. En cambio, a la energía cósmica sí podemos hacerle mucho, si sigue viva dentro del cuerpo de Miljan Pasic. ¿Está de acuerdo, capitán Zinn?

El jefe del centro espacial asintió con la cabeza.

—Lo estoy, profesor Toplak.

* * *

La temperatura, en el interior de la pequeña habitación, iba bajando más y más.

Una delgada capa de hielo empezó a cubrirlo todo.

El suelo...

Las paredes...

La alargada mesa metálica...

El cuerpo sin vida de Miljan Pasic...

Solo el cristal del mirador se libraba del hielo, gracias a una especie de limpiaparabrisas que había empezado a funcionar, y que impedía que el hielo se formase allí.

El capitán Zinn, Livia Jenner, el profesor Toplak y el doctor Kolev, por tanto, podían seguir observando el cadáver de Miljan Pasic, amarrado a la mesa.

Repentinamente, el cuerpo sin vida del ingeniero sufrió una espeluznante contracción.

Livia Jenner no pudo reprimir un grito de terror y se abrazó a Eric Zinn.

—¡Se ha movido...! ¡El cadáver de Miljan se ha movido...!

El capitán Zinn la rodeó con sus brazos, pero no dijo nada.

Estaba muy atento al cuerpo sin vida de Miljan Pasic.

También el profesor Toplak y el doctor Kolev lo estaban.

Profundamente impresionados los tres...

A la primera contracción del cadáver del ingeniero se sucedieron otras, no menos espeluznantes.

El cuerpo de Miljan Pasic parecía saltar de la mesa metálica, todo de una pieza, y lo hacía con tal violencia que las correas que lo sujetaban amenazaban con romperse y dejarlo libre.

—¡Es la energía cósmica! —adivinó el profesor Toplak.

—¡Tenía usted razón, profesor! ¡Está viva...! —gritó el doctor Kolev.

—¡Había querido engañarnos con la muerte de Miljan Pasic! —exclamó Eric Zinn.

—¡Las correas no resistirán! —temió Livia Jenner, abrazándose más fuerte al jefe del centro espacial.

En ese preciso instante, la correa que sujetaba la pierna derecha de Miljan Pasic se partió.

Livia Jenner chilló, aterrada.

Todavía no se había extinguido totalmente el eco de su chillido, cuando la correa que sujetaba la otra pierna saltó también.

La joven volvió a chillar, más agudamente que antes.

El capitán Zinn, el profesor Toplak y el doctor Kolev no gritaron porque eran hombres y hubiese estado muy feo, pero la verdad es que los tres sentían deseos de hacerlo.

La escena que contemplaban sus dilatados ojos era realmente escalofriante.

Aterradora.

Alucinante.

¡Un cuerpo muerto brincando como si estuviese vivo...!

Todos sabían que era cosa de la poderosa energía cósmica, claro.

Y eso era lo más estremecedor de todo.

Sí, porque ¿qué pasaría cuando esa terrible fuerza espacial lograra romper todas las correas...?

¿Cómo la detendrían...?

¡Sus armas nada podían contra ella!

¡Los rayos láser la alimentaban, en lugar de destruirla!

¡Todo el centro espacial quedaría a su merced!

Las correas seguían saltando.

Una tras otra.

Cuando la última se partió, el cuerpo sin vida de Miljan Pasic, desnudo y cubierto de hielo, saltó de la alargada mesa metálica y quedó suspendido en el aire.

¡Sí, suspendido en el aire horizontalmente!

¡Como si fuera un pájaro!

Un instante después se lanzaba de cabeza contra el mirador.

¡Quería romperlo y escapar por él...!

CAPÍTULO XIII

El cuerpo muerto de Miljan Pasic, propulsado por la energía cósmica que seguía viva en su interior, golpeó el mirador como un ariete.

Por fortuna, el cristal era grueso y sólido, a prueba de golpes, y resistió la furiosa embestida del cadáver del ingeniero.

El capitán Zinn, Livia Jenner, el profesor Toplak y el doctor Kolev se habían echado para atrás, el vello de sus cuerpos erizado desde la cabeza a los pies.

Con ojos desorbitados, presenciaron cómo el cuerpo sin vida de Miljan Pasic retrocedía, siempre suspendido en el aire, como si tuviera un par de alas invisibles, y volvía a la carga.

El cristal del mirador resistió también el segundo embate, pero no se sabía cuántos más resistiría, pues la cabeza de Miljan Pasic golpeaba con la dureza de una maza de hierro.

A cada embestida, Livia Jenner daba un chillido y se apretaba con más fuerza a Eric Zinn, pálida, desencajada, presa de un indescriptible terror.

—¡Romperá el cristal...! —gritó, tras el tercer embate del cadáver del ingeniero.

—¡No, no podrá con él! ¡Resistirá! —aseguró Eric Zinn.

El profesor Toplak no estaba tan seguro.

Tampoco el doctor Kolev.

Ambos conocían el grosor y la solidez del cristal del mirador, pero empezaban a dudar que pudiera salir victorioso de su lucha con aquella extraña y poderosa fuerza espacial.

Las embestidas del cadáver de Miljan Pasic se sucedieron.

La cabeza del ingeniero estaba ya destrozada, deshecha, literalmente machacada a causa de los terribles impactos.

Tal vez por ello, o porque la baja temperatura de la hermética habitación empezaba a hacer mella en la energía cósmica que propulsaba una y otra vez el cuerpo muerto de Miljan Pasic, la violencia de los embates remitió.

Ya no eran tan furiosos ni tan continuos.

De pronto, el cadáver de Miljan Pasic pareció quedarse sin sus alas invisibles y se estrelló contra el helado suelo.

Dio varios saltos, como luchando por remontar el vuelo, pero no pudo.

La fuerza espacial parecía haberse debilitado.

Estar herida de muerte...

El cuerpo de Miljan Pasic dejó de dar saltos y quedó inmóvil sobre la capa de hielo que cubría el suelo.

El capitán Zinn, Livia Jenner, el profesor Toplak y el doctor Kolev se aproximaron al mirador y observaron, en silencio, el cadáver del ingeniero.

El profesor Toplak dio un suspiro y dijo:

—Creo que esta vez sí hemos logrado destruir esa endemoniada energía cósmica, capitán Zinn.

—¿Está seguro, profesor...?

—Bueno, después de presenciar cómo luchó esa fuerza espacial por escapar de la gélida temperatura de la habitación sin conseguirlo, casi podemos estar absolutamente seguros de que ha dejado de existir, que el intenso frío la ha matado. De todos modos, y para mayor seguridad, no tocamos el cadáver de Miljan Pasic y mantendremos la temperatura de la habitación.

—¿Por cuánto tiempo?

—Un par de días, por lo menos.

—Estoy de acuerdo con el profesor Toplak —opinó el doctor Kolev.

—Sí, yo también —dijo Eric Zinn—. Después de lo sucedido debemos tomar las máximas precauciones. Nadie entrará en esta habitación hasta dentro de dos o tres días. Y vigilarémos día y noche el cadáver de Miljan Pasic.

* * *

El capitán Zinn, Livia Jenner, el profesor Toplak y el doctor Kolev permanecieron todavía una hora larga junto al mirador de la habitación, observando el cuerpo sin vida de Miljan Pasic.

En ese tiempo, nada hizo sospechar que la energía cósmica siguiese viva, por lo que los cuatro decidieron retirarse a descansar, dejando un par de guardias de seguridad vigilando el cadáver del ingeniero.

Eric Zinn acompañó a Livia Jenner a su habitáculo.

La muchacha abrió la puerta con su mando de control remoto y penetró en el habitáculo.

El jefe del centro espacial se quedó en el corredor.

Livia le miró.

—¿No quieres entrar, Eric?

—Claro que quiero. Pero esta vez no tengo excusa.

—¿Excusa...?

—Bueno, antes me quedé porque tenías miedo de que Miljan Pasic volviera...

—Y volvió.

—Sí.

—De no haber estado tú conmigo, me habría matado.

—Seguramente.

—Te debo la vida, Eric. Y las deudas se pagan —sonrió significativamente la joven.

—¿Cómo esperas pagarme tú?

—Entra y lo sabrás.

—¿Sabes que eres una chica muy atrevida?

—Solo soy una chica enamorada.

—¿De quién?

—De ti, ya lo sabes.

—Quería oírtelo decir nuevamente.

—Ojalá yo te oiga decir a ti lo mismo algún día.

—¿Y si te lo dijera ahora?

—Me gustaría, pero no te creería.

—¿Por qué?

—No se puede conquistar a un hombre tan difícil como tú en un solo día.

—Depende de cómo sea la mujer que lo intente.

—Yo no tengo nada especial.

—Perdona que te corrija, pero tú lo tienes todo muy especial —sonrió Eric Zinn, abarcando por la cintura a Livia Jenner y besándola en los labios con ardor.

CAPÍTULO XIV

La energía cósmica no había sido destruida por el frío.

Seguía viva.

Y bien viva.

Todo había sido una comedia para confiar a los terrestres que querían destruirla.

Le convenía que ellos creyeran que habían acabado con ella.

En realidad el frío, por muy intenso que fuera, no la afectaba en absoluto.

En eso se había equivocado el profesor Toplak.

En lo otro, en cambio, había acertado.

La fuerza espacial necesitaba alojarse en un cuerpo vivo, que la alimentase con su energía, con su calor, con su vitalidad.

Con la suya... y con la que absorbiese de otros cuerpos.

Cuanta más mejor.

Luego, satisfecha, seguiría su camino.

Miljan Pasic estaba muerto.

Su cuerpo ya no le servía.

Debía alojarse en otro.

Y, con ese propósito, abandonó el cadáver del ingeniero.

Los dos guardias de seguridad que vigilaban el cuerpo sin vida de Miljan Pasic agrandaron los ojos al ver surgir una luz amarillenta, muy intensa, cegadora.

Ambos quedaron inmediatamente deslumbrados por el poderoso resplandor que brotaba del blanco y rígido cuerpo del ingeniero, cubierto de hielo, y se vieron obligados a cerrar los ojos y protegérselos con las manos, pues la potente luz amarillenta atravesaba sus párpados.

Ello, lógicamente, les impidió ver que la luz se dirigía hacia el cristal del mirador, lo atravesaba y caía sobre uno de ellos.

El desgraciado sufrió una terrible sacudida y empezó a temblar como si se hallase agarrado a un cable de alta tensión.

Gritó.

A pleno pulmón.

El dolor que le causaba la energía cósmica, mientras penetraba en su largo y musculoso cuerpo, era insufrible.

Sin embargo, no se desmayó.

La fuerza espacial no se lo permitió.

Lo necesitaba consciente para poder deshacerse del otro guardia de seguridad, quien oía chillar a su compañero, pero no podía enterarse de lo que sucedía por tener los ojos cerrados y cubiertos con sus manos.

La energía cósmica ya había penetrado totalmente en el cuerpo del terrestre, cesando con ello el terrible dolor.

El otro guardia de seguridad abrió los ojos y miró a su compañero, que ahora tenía la cara y las manos muy blancas, tanto como el mármol.

No le dio tiempo a preguntarle nada.

Su compañero alzó rápidamente su mano derecha y le aprisionó el cuello.

Ya no era dueño de sus actos.

Se había convertido en un robot al servicio de la maldita energía cósmica, como antes le sucediera a Miljan Pasic.

Su mano estaba absorbiendo ya el calor del cuerpo del otro guardia de seguridad, que se había quedado tieso y temblaba de pies a cabeza.

Mientras este perdía rápidamente el color, su compañero lo recobraba con idéntica rapidez. Otros dos guardias de seguridad habían escuchado los gritos que diera el tipo en cuyo cuerpo se hallaba alojada ahora la energía cósmica, y ya corrían hacia allí, prestos a abrir fuego con sus fusiles de rayos láser.

Cuando divisaron la habitación sometida a bajísima temperatura, descubrieron que uno de los guardias de seguridad que la vigilaban estaba convirtiendo en un bloque de hielo al otro.

Mientras uno de ellos disparaba sobre el que albergaba en su cuerpo aquella diabólica fuerza espacial, el otro tomó velozmente su pequeño transmisor con pantalla y llamó al capitán Zinn para informarle de lo que sucedía.

Eric Zinn seguía estrechando el hermoso cuerpo de Livia Jenner, besando sus jugosos labios.

Estaba pensando ya en llevarla a la cama para continuar allí con los besos y las caricias, sin ninguna ropa los dos, cuando oyó el intermitente zumbido de su transmisor.

El jefe del centro espacial se tensó como una cuerda de violín.

Intuía que algo malo estaba ocurriendo.

Lo mismo le sucedió a Livia Jenner.

Eric Zinn soltó a la muchacha y tomó velozmente el pequeño transmisor. Oprimió un botón rojo y en la minúscula pantalla apareció el rostro del guardia de seguridad que le llamaba.

—¡Capitán Zinn!

—¿Qué ocurre?

El guardia le informó con rapidez.

Eric Zinn sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Algo parecido le ocurrió a Livia Jenner.

¡La energía cósmica seguía viva!

¡Había escapado de la hermética y gélida habitación!

¡Ahora se hallaba alojada en el cuerpo de uno de los guardias de seguridad!

¡Estaban como al principio!

¡Todo el personal del centro espacial se hallaba en peligro!

El guardia que había informado a Eric Zinn preguntó:

—¿Qué hacemos, capitán Zinn?

—¡No le disparéis! ¡Los rayos láser no le hacen nada! ¡Vigilad sus movimientos, pero no os acerquéis a él! ¡Yo corro ya hacia ahí!

Eric Zinn cortó la comunicación, pero inmediatamente estableció otra con el profesor Toplak.

La sangre del científico también se heló cuando supo que la energía cósmica seguía viva y se hallaba en libertad.

—¡Reúnase conmigo allí, profesor! —indicó el capitán Zinn y cortó la llamada, devolviendo el transmisor a su cinto.

Seguidamente abandonó el habitáculo de Livia Jenner.

La joven no quiso quedarse sola y corrió tras él.

* * *

El guardia de seguridad, cuyo cuerpo había sido invadido por la energía cósmica, continuaba frente al mirador de la pequeña y helada habitación.

A sus pies yacía el otro guardia de seguridad, convertido ya en una estatua de hielo.

El traje del guardia escogido por la fuerza espacial para alojarse en él había sido quemado por el par de disparos efectuados por el compañero del guardia que informara al capitán Zinn.

También su pecho estaba quemado, pero el tipo no se quejaba, solo mantenía contraído el rostro.

De pronto echó a andar hacia el par de guardias que le vigilaban desde el extremo del corredor.

Los guardias retrocedieron sin utilizar sus fusiles de rayos láser.

El capitán Zinn había dicho que no disparasen y ellos obedecían mientras se preguntaban cómo acabaría todo aquello.

El guardia controlado por la energía cósmica siguió avanzando.

Lo hacía sin prisa.

Caminando como un autómata.

En aquel momento llegó el capitán Zinn seguido de Livia Jenner.

Casi en seguida el profesor Toplak.

Y otros cuatro guardias de seguridad.

El guardia dominado por la fuerza espacial no detuvo su lento, pero firme avance.

Seis fusiles de rayos láser le apuntaban.

Y la pistola de Eric Zinn.

Este, nerviosamente, preguntó:

—¿No se le ocurre nada, profesor Toplak?

—Creo que sí, capitán.

—Hable, rápido. Lo tenemos ya muy cerca. ¿Cómo podemos detenerlo?

—La energía cósmica quiere más energía, ¿no?

—Eso parece.

—Entonces, se la daremos.

—¿Qué?

—Ordene a los guardias de seguridad que disparen, capitán. Y dispare usted también.

—Pero...

—Los rayos láser no pueden destruir esa fuerza espacial, ya lo sé, pero sí puede que la sacien y nos deje en paz.

—¿Usted cree, profesor...?

—Parece obvio que esa misteriosa energía penetró en nuestro centro espacial en busca de más energía, sea del tipo que fuere. Si se la facilitamos, es lógico pensar que luego se marche y no volvamos a saber de ella.

Eric Zinn no lo dudó más.

—¡Disparad, muchachos! —ordenó, al tiempo que accionaba el gatillo de su pistola. Los seis guardias de seguridad hicieron funcionar sus fusiles.

El guardia controlado por la energía cósmica se detuvo al recibir la lluvia de rayos láser.

Apenas medio minuto después, su cuerpo ya no tenía apariencia humana, era talmente un bulto de carne abrasada.

Pero ese bulto se movía.

Tenía vida.

La vida que le proporcionaba la energía cósmica, que se estaba saciando con tanto rayo láser.

El capitán Zinn y los seis guardias de seguridad, animados por el profesor Toplak, no dejaban de disparar contra el repugnante bulto de carne abrasada.

Repentinamente el bulto de carne empezó a girar sobre sí mismo como una pelota, pero no hacia el grupo de terrestres, sino en dirección contraria, alejándose de ellos con rapidez.

El profesor Toplak gritó:

—¡Tras él, capitán Zinn! ¡Y sigan disparando todos, por Dios!

Eric Zinn y los guardias de seguridad corrieron en pos de la bola de carne abrasada, haciendo funcionar sus armas ininterrumpidamente.

El profesor Toplak y Livia Jenner corrieron también.

La bola de carne rodó hasta la misma puerta del invernadero.

Allí se detuvo un instante.

De pronto surgió de ella un delgado rayo amarillento, que alcanzó la puerta. Escasos segundos después, de la puerta del invernadero no quedaba ni rastro. Se había desintegrado por completo.

La bola de carne, que no dejaba de recibir rayos láser, penetró rodando en el invernadero.

El capitán Zinn y los seis guardias de seguridad penetraron también, seguidos del profesor Toplak y de Livia Jenner.

La bola de carne abrasada rodaba hacia el alto y alargado mirador del invernadero.

Se detuvo frente a él.

El profesor Toplak, adivinando lo que iba a pasar, gritó:

—¡Alto, capitán Zinn! ¡No disparen más!

Eric Zinn y los guardias obedecieron.

Un instante después, de la bola de carne surgía una luz amarillenta, muy intensa, cegadora, que el grupo de terrestres, por hallarse distanciados de ella, pudieron contemplar, aunque con alguna dificultad.

La poderosa luz amarillenta ascendió hasta el mirador y atravesó el sólido cristal limpiamente.

Segundos más tarde, el resplandor desaparecía por completo.

En esta ocasión el profesor Toplak no se había equivocado.

La energía cósmica, suficientemente alimentada por los rayos láser, retornaba a los espacios siderales, que ella podía recorrer más velozmente que la más moderna y poderosa de las astronaves terrestres.

EPÍLOGO

Días más tarde, Eric Zinn entraba en el invernadero.

Sorprendió a Livia Jenner con la mirada fija en el espacio sideral, contemplándolo a través del cristal del alto mirador.

Evidentemente, la muchacha recordaba los trágicos sucesos, tan recientes todavía.

El capitán Zinn llegó junto a ella, la abrazó por detrás y le dio un cálido beso en el cuello.

—Hola, cariño.

Livia Jenner, que había cerrado los ojos dulcemente, los volvió a abrir y respondió:

—Hola, Eric.

—¿Puedo decírtelo ya?

—¿El qué?

—Que estoy enamorado de ti.

—Puedes decírmelo, pero me temo que seguiré sin creerte.

—¿Qué tengo que hacer para demostrártelo?

—Lo sabes muy bien.

—¿Te refieres a...?

—¿Ves como sí lo sabías?

Eric le hizo dar la vuelta y la abrazó de frente, tan apretadamente, que su cuerpo y el de la muchacha parecieron fundirse en uno.

—Livia...

—¿Qué?

—Tienes ante ti a un soltero que está dispuesto a dejar de serlo.

—¡Eric!

—¿No era eso lo que querías oír?

—¡Lo quería, lo ansiaba, lo anhelaba, lo soñaba! —respondió la joven, llenándole la cara de besos.

—Pues ya lo has conseguido —rio el jefe del centro espacial.

Livia le cogió la cara y lo miró a los ojos, los de ella brillantes de felicidad y de emoción.

—Te quiero, Eric. Con locura.

—Así te quiero yo también —aseguró él.

Un par de segundos después, sus bocas se unían en un largo y fervoroso beso.

FIN

Notas

[1] —210 °C. <<

[2] Hidrocarburo gaseoso e incoloro, que se origina en la descomposición de las materias orgánicas y recibe el nombre de gas de los pantanos. <<